



LA ENSEÑANZA LAICA.

Señores: (1)

Celebramos hoy el primer aniversario de nuestra INSTITUCION con el corazón abierto á grandes y consoladoras esperanzas, porque ya se siente nuestro espíritu aliviado de la dolorosa pesadumbre con que hace un año le agobiaba la vista de los temibles escollos que por doquiera parecían cerrarnos el camino. Nuestra INSTITUCION parece que ya ha entrado en una vida tranquila, normal y generalmente respetada. Su existencia no parece que corra ya hoy los peligros más graves (á lo ménos para lo presente) que tanto la amenazaban en sus primeros días. La viva alarma que su fundacion produjo en las regiones oficiales del Poder público, se ha ido amenguando poco á poco, y ojalá que se haya desvanecido por completo ante la elocuente y satisfactoria realidad de los hechos. Estos demostraron desde el primer instante que ninguno de los intereses, que los Gobiernos deben fomentar ó siquiera proteger, corria peligro entre nosotros, porque el interés legítimo de la ciencia, único objeto á que la INSTITUCION habia de consagrarse, no necesitaba para su servicio y satisfaccion mermar, ni quebrantar, ni lastimar en sentido alguno los demas legítimos intereses del hombre y del Estado. Ocupa al presente por esto nuestra INSTITUCION quieta y pacíficamente su puesto entre todas las demas fundaciones que van surgiendo en el seno de la sociedad española, como feliz producto de la iniciativa y actividad de los individuos que de esta manera comienzan á demostrar la virilidad que el espíritu humano va poco á poco alcanzando entre nosotros, y la aptitud que cada día demuestra más y más para tomar á su cargo la gestion de muchos de sus propios intereses que hasta ahora habian corrido á cargo del Poder público.

En el orden, pues, de las relaciones temporales, parece que nada tenemos que temer. Por ese lado ninguna nube se presenta por ahora en los inmensos horizontes de nuestro porvenir. La ciencia, con la sagrada legitimidad de sus derechos, nos protege. Nuestra propia cordura, que no ha de desfallecer jamás; nuestros deberes, que nunca dejarán de ser

escrupulosamente cumplidos, habrán de impedir siempre que se nos prive de tan sagrada proteccion.

Pero si en la esfera de las relaciones temporales nuestra tranquilidad parece asegurada por ahora, ¿podemos abrigar la misma confianza en la más elevada region de las relaciones religiosas? Ciertó es que al presente parece que aún en este orden reina una calma profunda en nuestro alrededor. Mas esta calma, ¿será por ventura el dichoso resultado de una paz lealmente otorgada, ó el descanso que se toma para volver á emprender con nuevas fuerzas y más vigorosamente el combate? Yo así lo temo. Ojalá que salgan vanos é infundados mis temores. Quiera Dios que no vuelva á renovarse entre nosotros, siquiera con ocasion de nuestra INSTITUCION (que para otros casos y con otros motivos sería locura el esperarle é indisculpable inexperiencia el pretenderlo), esa lucha impía entre la ciencia y la revelacion, hermanas gemelas que han salido estrechas y fraternalmente abrazadas del seno de la eternidad y que el hombre con temeridad, no ménos insensata que criminal, quiere separar y convertir en irreconciliables enemigas.

Nuestra obra es una institucion de enseñanza laica, y sabeis bien cuántos odios ha suscitado esta frase, de cuán violentas y envenenadas polémicas ha sido objeto y cuán terribles tempestades se han producido con su ocasion en el interior de la conciencia, que es donde más necesita el hombre gozar de plácida y serena calma para no naufragar en el difícil viaje que desde su nacimiento emprende al puerto de sus ulteriores y supremos destinos. Bajo el peso de estos temores, yo voy en este momento á manifestar una vez más, siquiera haya de hacerlo de un modo excesivamente conciso y breve, porque la ocasion no me autoriza para abusar por muchos minutos de vuestra benevolencia, el verdadero carácter de la obra que hemos emprendido, la legitimidad de los títulos que ostentamos, el fin que nos proponemos, ó lo que es lo mismo, pues á esto queda todo reducido, el único sentido legítimo de la enseñanza laica, el único á lo ménos en que yo entiendo que puede sostenerse y debe proclamarse su legitimidad enfrente de la enseñanza religiosa, el único, en fin, en que nuestra INSTITUCION ha venido á establecerla y, mientras subsista, ha de sostenerla en España.

No es obra fácil fijar con precision y exactitud el verdadero y propio sentido de las frases enseñanza

(1) Discurso leído en la apertura del curso académico de 1877-78 en la Institucion libre de enseñanza.

religiosa y enseñanza *láica*. Si lo fuera, la cuestión tendría adelantados grandes pasos para ser resuelta. Si se atiende solamente á los que más violenta parte toman en la contienda en pro de la enseñanza *religiosa*, la *láica* es la extinción en el alma humana de todo principio religioso, el falseamiento de toda regla de costumbres; es el materialismo y el ateísmo inspirando la educación de la juventud; es, en fin, para valirme de una frase muy característica de los que así discurren, reducir al hombre al estado de aborto inmortal y disolver moral y políticamente las sociedades humanas por el medio más seguro y eficaz que pudiera emplearse para el éxito de tan criminales propósitos. Si, por el contrario, se presta asenso á lo que dicen sobre la enseñanza *religiosa* los que más encarnizadamente la combaten, habrá de creerse que es aquella la degradación, ya que no el aniquilamiento de la razón, la muerte de la libertad del espíritu, la servidumbre de la conciencia y la incurable y eterna parálisis de todo progreso científico, moral y político en el seno de la humanidad.

Por desgracia, estas mútuas y odiosas imputaciones tienen como fundamento en que sostenerse las violencias á que arrastra la polémica, los extravíos á que conduce la estrechez del criterio de ciertas escuelas, y la demencia á que tan expuesto se halla el espíritu humano cuando la materia de sus contiendas son en cualquier sentido los religiosos intereses de la conciencia.

Hé aquí la prueba:

La escuela ultramontana, que, como es sabido, tanto se distingue por la violenta exageración de sus conclusiones, ya que no, como muchos pretenden, por la poca lealtad de que adolecen sus razonamientos, expone de este modo sus doctrinas y sus aspiraciones sobre la enseñanza de los pueblos.

El hombre ha sido creado por Dios para un fin sobrenatural. Es error insigne buscar en la naturaleza humana dos fines verdaderamente diversos que realizar. El único es el sobrenatural, el supremo, que el hombre no ha de alcanzar sino más allá de la tumba. Su vida en el mundo no es más que una preparación para la vida de la eternidad. Todo lo que se considera como fin humano temporal está, por lo que se acaba de indicar, completamente subordinado al fin sobrenatural ó religioso. El hombre, cuanto mayor perfección alcanza en este orden, más perfecto es en todos los demás. La historia demuestra que los mejores ciudadanos han sido siempre los más virtuosos. Importa poco que el individuo alcance un grado elevado de progreso en el orden intelectual y material ó que la sociedad avance mucho en el camino de su desarrollo y perfección política si todo esto no se realiza como resultado de su progreso en el orden religioso. El hom-

bre no será más que un ser mutilado en su propia naturaleza, no será un hombre, *vir* según toda la energía del sentido que tiene esta palabra, porque la mirada de su inteligencia no pasará más allá del estrecho horizonte de este mundo y porque su poder de hacer bien ha de ser muy limitado.

Dado, pues, que el único y verdadero fin humano es el sobrenatural ó religioso, fácil es llegar á la conclusión á que la escuela ultramontana aspira. La enseñanza es el medio necesario al hombre de preparar las naturales facultades para realizar su fin ó destino. Este medio ha de ser adecuado al fin para cuya realización existe. Y siendo religioso el fin, es inevitable que tenga también el medio este carácter. Hé aquí cómo por la mano hemos llegado á proclamar la enseñanza *religiosa* como la única legítima.

Ahora bien: ¿cuál es la institución que ha recibido del Altísimo la misión de dirigir á la humanidad para que pueda conseguir su último y supremo fin? La Iglesia. Esta y sólo esta es la mediadora entre Dios y el hombre. Esta es solamente quien en nombre de su Divino fundador puede franquear las puertas de la conciencia humana para enseñarle las verdades Divinas que ha de creer y para imponerle las reglas á que ha de acomodar sus actos. Esta es la única depositaria de los medios sobrenaturales de progreso espiritual por cuya aplicación puede el hombre asegurar para más allá del sepulcro la felicidad eterna.

Pero estos medios no son tan solo los actos exteriores del culto y la celebración de los sagrados ritos en ciertos momentos solemnes de la vida humana. Si á tan poco debiera reducirse la religión cristiana, no añadiría esta «al estéril espiritualismo filosófico mas que incomprensibles misterios, molestas prácticas y ceremonias sin significación para el espíritu y sin utilidad para el alma. La religión cristiana es mucho más que esto. Se apodera de las facultades humanas para transformarlas; les infunde un principio nuevo, que es la Gracia Divina; les asigna un fin superior, que es la posesión de Dios en su propia esencia, y en fin, les hace producir operaciones de que sería incapaz nuestra débil naturaleza sin una iluminación Divina que ilustre la inteligencia y sin una santa inspiración que fortifique y eleve la voluntad.»

Todo esto es el resultado de la educación esencialmente religiosa. Todo esto debe ser, pues, la obra de la Iglesia, ya que ella sola es la que preside la gestión y el desarrollo de los legítimos intereses religiosos del espíritu.

Es, pues, la Iglesia la grande, la infalible institutriz del género humano. Es su enseñanza la única legítima, porque es también la única que corresponde y puede satisfacer á las verdaderas necesidades de la humanidad en la tierra.

No hay otra enseñanza buena, digna y respetable. No hay ciencia ni hay moral que puedan concurrir al perfeccionamiento del hombre mas que la ciencia y la moral religiosas, ó sean la ciencia y la moral católicas. Las que no puedan ostentar este título; no edifican, sino que destruyen; no ilustran, sino que oscurecen el espíritu sumergiéndolo en las tinieblas del error; no elevan y dirigen el alma á las regiones del bien, sino que la abaten y la extravían por los torcidos senderos del mal.

Y haciendo aplicacion de estas doctrinas, la escuela ultramontana no se contenta con reclamar la completa y absoluta libertad de la Iglesia para la enseñanza de las ciencias religiosas y para la educacion de los ministros que han de ser despues sus órganos docentes, sino que ostenta su derecho exclusivo enfrente del Estado á la enseñanza de los pueblos en todas las materias, á su educacion en todos los órdenes, en una palabra, al monopolio universal de los conocimientos humanos.

No pretendo decir con estas últimas palabras que la Iglesia reserve las funciones de la enseñanza para sus ministros y excluya de ellas por incapaces é indignos á los legos. Admite, es verdad, y aún fomenta y solicita su concurso en este grande y supremo magisterio, pero es á condicion de que han de recibir su impulso, marchar bajo su inspiracion, vivir bajo su constante vigilancia y someterse sin protestas á su absoluto é indiscutible poder.

Tales son las conclusiones que presenta la escuela ultramontana; tales son las aspiraciones que, afrontándose con el Estado, ostenta en nombre de la Iglesia, aunque bien puede afirmarse que no habrian de ser para su espiritual beneficio si fuera posible llevarlas á la práctica. Y para que no creais que al exponerlas, siquiera fuera arrastrado por los procedimientos de la lógica, haya yo incurrido en pecado de inexactitud, hélas aquí tales como aparecen formuladas en la Revista que bien puede ser calificada de Gaceta oficial del ultramontanismo en Europa (1):

«1.º Es del derecho exclusivo de la Iglesia la educacion de los clérigos destinados á las funciones eclesiásticas. Ella sola arregla todo lo que se refiere, ya á la creacion de los Seminarios, ya á su disciplina interior; al nombramiento de profesores, á la enseñanza de las letras y de las ciencias, á la buena educacion de los discípulos y á su admision en el cuerpo eclesiástico.

2.º La Iglesia respeta absolutamente el derecho de las familias para hacer dar á sus hijos una educacion particular por quien y de la manera que les

parezca preferible. Solamente impone á los padres cristianos la obligacion de conciencia de vigilar para que esta educacion sea religiosa y conforme á la fe que ellos profesen. (Nótese bien lo que acabo de leer, porque pronto habrá necesidad de volver á fijar sobre ello la atencion.)

3.º La vigilancia y direccion de las escuelas públicas, así de aquellas en que se instruya la masa del pueblo en los primeros elementos de los conocimientos humanos, como de las otras en que se da la enseñanza secundaria y superior, pertenece en propiedad á la Iglesia católica. Ella sola es quien tiene el derecho de vigilar por el buen estado de estas escuelas bajo el aspecto moral de *aprobar* á los profesores que allí instruyan á la juventud, de examinar su enseñanza y de expulsar, sin recurso posible á otra autoridad, á aquellos cuya doctrina y costumbres sean contrarias á la pureza de la doctrina cristiana.

4.º Con tal que se ofrezcan garantías de una fe pura, de costumbres irreprochables y de ciencia suficiente, la Iglesia concede libertad á los particulares, eclesiásticos y legos, seculares y regulares, para consagrarse al ministerio de la enseñanza y de la educacion de la juventud, para formar asociaciones con este fin, para fundar Academias y Universidades en que se enseñen todas las ciencias, y que se gobiernen á sí mismas respecto á su disciplina interior, eleccion de maestros, reglamento de estudios, programas, exámenes, etc. La Iglesia no entiende ejercer respecto á estas fundaciones más que su derecho de vigilancia por razon de la moral y de la integridad de la fe.

5.º La Iglesia no solamente no rehusa el concurso del Estado en la educacion, sino que lo solicita todas las veces que la iniciativa privada y sus propios recursos no basten para extender la enseñanza, vulgarizar la instruccion cuanto ella lo desea y es útil para el bien de los pueblos. La Iglesia entonces llama á los municipios, á las provincias, á la nacion, para que en todas partes el acuerdo de los dos poderes, por la union del presupuesto del Estado y de la autoridad espiritual de la Iglesia, sea bastante para fundar escuelas, multiplicar maestros y ayudar á la indigencia de un gran número de padres. Pero aún en estas escuelas establecidas con el concurso del poder civil, si el Estado puede vigilar la gestion de los intereses materiales, el derecho de dirigir y vigilar la enseñanza continúa perteneciendo á la Iglesia.

6.º En fin, el poder que la Iglesia ejerce sobre la instruccion pública en las sociedades cristianas no impide que los Gobiernos, si lo juzgan útil, establezcan ciertas escuelas, ó que profesores por aquellos elegidos preparen de una manera especial á los jóvenes que se destinan á las carreras adminis-

(1) Etudes religieuses, philosophiques, historiques et littéraires, par des Peres de la Compagnie de Jésus.—Tomo septième, pag. 697, 698 et 699.

trativa y militar. La administración y el ejército son, en efecto, de la competencia exclusiva de los Gobiernos, y es justo que éstos puedan dar á los que de aquellas han de formar parte los conocimientos especiales que exijan sus empleos. Solamente en estos casos el poder civil ó militar contrae las mismas obligaciones que ligan la conciencia de los particulares, á saber: vigilar porque nada en estas escuelas sea contrario á la religion y á las buenas costumbres.»

Reconocereis que en la exposicion de las teorías ultramontanas nada habia exagerado. En la enseñanza pública todo corresponde á la Iglesia: fundacion de establecimientos, su régimen interior, su plan de estudios, vigilancia é inspeccion de las enseñanzas que allí se den, nombramiento y separacion de los profesores, todo esto es de la exclusiva competencia de la Iglesia. Al municipio, á la provincia y al Estado la escuela ultramontana les otorga generosamente el derecho de contribuir con los fondos necesarios para estas fundaciones, y aún llega hasta permitir que el Estado desempeñe, respecto á ellas, las funciones de intendente de la Iglesia.

Ahora os manifestaré las aspiraciones, no ménos exageradas en contrario sentido, de ciertas escuelas que se llaman, aunque en mi opinión indebidamente, radicales, á lo ménos en el recto sentido que debe darse á esta palabra.

Fundan estas escuelas su teoría sobre la enseñanza en un principio eminentemente socialista. Sostienen que es aquella una funcion del Estado, y que á éste corresponde, con exclusion de toda otra entidad, individual ó colectiva, preparar al hombre por la educacion y la instruccion de las ciencias y letras humanas, para que así pueda realizarse mejor el fin comun. La última consecuencia de estas afirmaciones es que en la sociedad no hay otra ciencia que tenga derecho á vivir y á difundirse más que la ciencia oficial, ni hay otra moral que deba servir al ciudadano de criterio para discernir el bien y el mal, sino la moral del Estado. Este es el doctor, pontífice y legislador supremo, porque es quien define y decreta lo que es verdadero, bueno y justo. Quizá protesten algunos moderados prosélitos de las escuelas cuyas doctrinas examino contra estas y otras afirmaciones; pero sus protestas serán impotentes siempre ante la inflexibilidad de la lógica, que deduce aquellas conclusiones de los principios que afirman dichas escuelas.

La enseñanza, pues, debe, segun ellas, ser gratuita, obligatoria y laica.

Gratuita, esto es, sin que el ciudadano tenga el deber, ni siquiera el derecho, por grande, por inmensa que sea su fortuna, para retribuir por sí mismo al maestro que le dispensa la enseñanza en

nombre del poder público. El Estado acudirá á las necesidades de este servicio con los productos de un impuesto especial que habrán de satisfacer todos los ciudadanos en proporcion á su haber, aún aquellos que ni por sí mismos ni por sus familias hayan estado en situacion de utilizarse de las escuelas oficiales.

Debe ser obligatoria, porque siendo un derecho en el Estado el dispensar la enseñanza á los ciudadanos, tienen estos el deber de recibirla. Pero entiéndase bien: el derecho del Estado, segun estas escuelas, no consiste tan sólo en exigir de sus individuos que se instruyan y se eduquen de la manera conveniente para el progreso y el bienestar general, ni cumplen estos tampoco con instruirse y educarse bajo la direccion y enseñanza de los maestros que libremente elijan. El Estado tiene el derecho, no solo de exigir la instruccion y la educacion á sus miembros, sino de dispensarla él mismo en la medida que tenga por conveniente para sus fines, y por medio de los profesores que solo él nombre, los cuales serán los únicos que podrán ejercer el ministerio docente.

La enseñanza, en fin, debe ser laica; esto es, laica por razon de las personas que al magisterio puedan consagrarse, y laica tambien por razon de la materia sobre que ha de versar. Bajo el primer aspecto, no podrán dedicarse á la enseñanza los ministros de ninguna religion positiva. El Estado los declara, solo por serlo, incapaces é indignos del magisterio. Solamente los legos tendrán aptitud para sus funciones. Y si las escuelas cuyas doctrinas expongo rinden obediencia á los preceptos de la lógica, ni aún todos los legos debieran gozar de esta aptitud, sino tan sólo aquellos que hiciesen profesion solemne de no pertenecer á ningun culto, y de no admitir ninguna religion natural ni positiva. Bajo el segundo aspecto, no será lícito enseñar á los discípulos doctrinas religiosas. La moral que se les exponga habrá de ser una moral positivista, ó por lo ménos, que no descansa en ningun principio del orden sobrenatural, ni aún en ninguno del orden natural si tiene carácter religioso.

Es verdad que algunos afiliados á estas escuelas transigen con que desde una edad ya bastante avanzada en la niñez pueda hablarse á los discípulos de la existencia de Dios, del alma humana y de la vida futura; mas los que sostienen la ortodoxia de la teoría tienen la lógica á su favor cuando protestan contra lo que consideran como una inconveniente transaccion.

Y para que tampoco se crea que exagero las doctrinas de este ciego radicalismo, bástame referirme al proyecto de Ley que en 1875 presentó á la Cámara francesa el diputado M. Lacrosette sobre las escuelas primarias. En él podreis ver clara y termi-

nantemente consignado el sentido en que debe tomarse lo gratuito de la enseñanza. Allí veréis que la que da el Estado, y no la que quiera proporcionarse el ciudadano, es la que éste ha de estar obligado á recibir ó proporcionar á sus hijos. Allí veréis declarada la incapacidad absoluta de los ministros de todas religiones para consagrarse á este augusto ministerio. Allí leeréis la prohibición de enseñar ninguna doctrina religioso-positiva á la niñez, y ordenado solamente que despues que ésta llegue á los diez años se le den con asiduidad nociones generales sobre la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la moral. Pero tened presente que esta transacción fué entónces fuertemente combatida por el periódico *Los Derechos del hombre*, que la calificó de páfida y de inconciliable con el derecho del ateo y del materialista, porque en sus hijos no debían ser violadas sus *legítimas y sagradas convicciones*.

Hé aquí puestas frente á frente las dos escuelas que á tal punto llegan en la ciega exageración de sus doctrinas. El ultramontanismo concluye por aniquilar la personalidad humana, absorbiéndola en el seno de la Iglesia y negándola el derecho á vivir fuera de él, porque á esto equivale el negarla el derecho de instruirse y educarse fuera de su dirección y tutela.

El radicalismo filosófico llega hasta á suprimir á Dios en nombre de los derechos de la humanidad, cayendo en el más absurdo y á la vez en el más temible de todos los sistemas panteístas: en el panteísmo del Estado.

Si las aspiraciones del ultramontanismo prevalecieran, las sociedades humanas entrarían muy pronto en una lenta agonía para morir corrompidas y disueltas por el más odioso de todos los despotismos.

Y si el radicalismo filosófico consiguiese someter la enseñanza y educación de los pueblos á su horrible criterio, las generaciones así educadas habrían de ser víctimas de las sangrientas convulsiones de una feroz anarquía, á que pondría término el látigo de un amo despiadado ó el sable de un conquistador sin entrañas.

Pero tiempo es de que frente á frente de estos sistemas os presente el que sirve de pedestal á nuestra querida *Institución*.

El siglo actual hace justicia á la incomensurable trascendencia que la enseñanza tiene en la vida y en el bienestar de los pueblos. Adelantándose á estos tiempos decía ya en el que ilustraba con su saber inmenso el gran Leibniz, que de la reforma de la educación de la juventud dependía la reforma de género humano. Por la instrucción y educación, el hombre se prepara para realizar los fines que solamente en este mundo pueden cumplirse. Por la instrucción y educación se prepara asimismo para

conseguir los que le aguardan más allá del tiempo.

Debe, pues, la enseñanza organizarse, como asienta con razón la escuela ultramontana, de una manera adecuada á la naturaleza de los destinos humanos. Pero, ¿se encierran estos, como la misma escuela afirma, en el orden religioso? ¿No tiene el hombre fuera de este orden nada á que aspirar, nada que conseguir en el mundo? ¿Absorbe siquiera el fin sobrenatural todos los fines temporales de la humanidad? Si esto fuera así, ¿qué títulos podría ostentar la sociedad civil para defender su existencia en frente de la Iglesia? Esta sería la única asociación legítima. En ella debieran fundirse los Estados. El Pontificado representaría la única legitimidad del poder, el sacerdocio constituiría la única magistratura. Atrévase la escuela ultramontana á sostener con varonil franqueza estas conclusiones tan directamente contrarias á la ortodoxia del catolicismo, pero que no por eso dejan de proceder de las teorías que sostiene. Tan legítimos, por más que no sean tan elevados como el destino religioso y ultraterreno del hombre, son sus destinos temporales, de aquel independientes por su naturaleza y por los medios de su realización, por más que con él sean perfectamente armónicos.

No cumple el hombre su misión en la tierra observando solamente los preceptos de la religión que profese, otros deberes le alcanzan en beneficio de sí mismo y de sus semejantes. Si así no fuera, el arte, la ciencia, la industria, el comercio y todos los demás elementos de bienestar y progreso en el orden temporal serían inútiles, ya que no perjudiciales para los intereses de la conciencia. El bello ideal de la sociedad sería el claustro, y el ciudadano más perfecto sería el monje.

No negaré yo la necesidad de la virtud para cumplir los deberes de la vida civil; pero convenid conmigo en que la virtud no basta. Para la prosperidad de los Estados y para el progreso de los individuos es insuficiente la práctica de los deberes, que es en lo que consiste la purísima moral de Jesucristo, si no se concierta y se combina con el ejercicio de los derechos que á cada cual corresponden, y que no son en último término otra cosa más que medios necesarios al hombre para ir realizando su progreso en el seno de la sociedad en que vive.

Tiene, pues, la Iglesia perfecto derecho para presidir y dirigir la preparación del hombre en el orden religioso. A ella y solamente á ella incumbe la enseñanza de las verdades Divinas y su infusión en el alma humana para hacer del individuo un perfecto cristiano. Ella es quien, por medio de sus ministros, debe instruir á los pueblos en la doctrina evangélica y educarlos en la práctica de las virtudes. Su propia legislación ha procurado sostener siempre vivo el ministerio de la enseñanza en la conciencia del

clero. Los obispos, como los párrocos, deben atender con preferente solicitud á la enseñanza y educación religiosa de los fieles. Desde la Cátedra del Espíritu Santo les está impuesta la obligación de explicarles todos los domingos y días festivos las verdades Divinas y exhortarles y dirigirles por el camino del bien y por la práctica de las virtudes del Evangelio. Los párrocos deben especialmente congregar en los mismos días á todos los niños de las familias cristianas, cuya salud espiritual tienen á su cargo, para enseñarles lo que deben creer y cómo deben obrar, é ir así infundiendo en su infantil espíritu la sávia vigorosa de la religion del Crucificado (1). Y en verdad que, sea dicho en elogio de tan santas y previsoras ordenanzas, ménos riesgos correría la ortodoxia cristiana si su enseñanza estuviese á cargo de los ministros de la Iglesia, como esta ha deseado siempre, y no como sucede ahora, al de maestros láicos que carecen de mision para las funciones del magisterio religioso, y que simples fieles como son pueden incurrir con más facilidad que los eclesiásticos en error al exponer tan sublimes doctrinas.

Ya veis que no pretendo reducir el vasto campo en que la Iglesia puede desenvolver la acción de su divino magisterio. Ojalá que éste, encerrándose en la esfera purísima de la verdad y de la moral cristianas, sin descender nunca sus ministros al ejercer su santo ministerio al terreno movedizo de los intereses del mundo, ni interesar sus afectos á favor ni en contra de las trasformaciones porque pasan con tanta frecuencia los Estados, logren exclusivamente por los medios que les son propios de la predicacion y santificacion evangélicas vigorizar el sentimiento religioso en el alma de los pueblos y hacer así más apto al hombre para los inapreciables beneficios de la libertad con que le brinda el progreso de las instituciones modernas.

Pero si respeto como debo la esfera de acción que es propia del magisterio eclesiástico, protesto firme y enérgicamente en nombre de la enseñanza láica y privada contra las aspiraciones de la escuela ultramontana, que pretende atribuir y reservar para la Iglesia la enseñanza de las letras y de las ciencias profanas. Estas no constituyen parte de su eterno patrimonio. Están, por el contrario, fuera de la mision que ha recibido de lo Alto, porque todas ellas son las gloriosas conquistas de la razon.

Yo reconozco que la verdad religiosa está por múltiples vínculos ligada con las verdades científicas. Yo creo también que no es posible que haya entre la una y las otras verdadera oposicion y discordancia. Pero estos vínculos, estas relaciones,

esta armonía no pueden ser título bastante, á no inclinár la cabeza ante el sofisma, para que las unas hayan de ser absorbidas por la otra, ó siquiera sometidas á su direccion é influencia. Vínculos hay también igualmente legítimos entre todas las ciencias humanas, puesto que al fin cada una de ellas no es otra cosa que la manifestacion parcial y relativa de la verdad absoluta; y absurdo sería tratar de subordinar por esto á una ciencia todas las demas en nombre de un derecho de primogenitura contra el cual protestarian de consuno la razon y el buen sentido. No, la Iglesia, como representante de los sagrados derechos de la verdad religiosa y por el título de ser su única depositaria, no puede absorber la libertad de las ciencias humanas, ni siquiera someterlas á su influjo, ni intervenir en su marcha, ni dirigir ni moderar su propagacion y su progreso. Defienda en buen hora desde su propio campo y por los medios de acción que su Divino fundador le ha dado sobre la conciencia, que son los únicos legítimos que le corresponden, como centinela avanzado que debe ser y celoso y nunca adormecido guardian de las verdades eternas, su pureza é integridad contra las invasiones de la falsa ciencia y los extravíos de la razon individual. Pero si hasta aquí llegan, tampoco de aquí pasan sus derechos.

Así, pues, enfrente de la enseñanza religiosa puede ostentar también con noble y legítimo orgullo sus títulos la enseñanza láica. Pero entendedlo bien. No la enseñanza láica que, animada de un odioso sentimiento de hostilidad á los principios é instituciones religiosas aspira á arrancar del corazón de los pueblos toda nocion Divina, pretendiendo vanamente buscar en las estériles y secas máximas de una filosofía positiva la satisfaccion para las aspiraciones que el alma humana siente hácia el sér infinito y eterno, de quien solamente espera conseguir una felicidad cumplida.

Yo no hablo de esa enseñanza láica que, arrastrada por su aversion á toda religion positiva, no vacilaria en destruir la historia y privar á la humanidad del inmenso patrimonio de su pasado, ya que en todas sus manifestaciones palpita el espíritu religioso de las generaciones que nos han precedido.

Yo me refiero á la enseñanza láica, que si lleva este nombre, es porque descansa sobre el sagrado derecho que el hombre tiene, cualquiera que sea el culto que profese y cualquiera que sea el estado de que goce con arreglo á su culto, á difundir entre sus semejantes los conocimientos con que haya enriquecido su inteligencia.

Yo hablo de aquella enseñanza que si se llama láica no es en odio á la enseñanza religiosa, sino por razon de la materia á que se consagra, esto es, porque su objeto son las letras y las ciencias humanas expuestas con libre, pero elevado criterio,

(1) Concilio de Trento, sesion 5.ª, cap. II; sesion 23, capítulo I; sesion 24, cap. IV.—De Reformat.

ajeno á todo sentimiento de ciega hostilidad ó de ciega adhesión á otras doctrinas ó á otras instituciones.

Observad, pues, á qué incomensurable distancia nos hallamos de los extravíos de una y otra escuela!

Y notad bien que yo no me he ocupado para nada de contrastar los derechos que el ultramontanismo reclama para la Iglesia con relación al Estado sobre la enseñanza oficial.

Yo reconozco (sea dicho de paso) que hasta cierto punto la justicia abona aquellas pretensiones cuando se dirigen á un Estado que profesa una religión positiva determinada, proclamándola como la única verdadera, y especialmente si la religión así reconocida es la que predica y enseña la Iglesia católica, apostólica romana, que tantos profesamos en España.

Cuando esto sucede no pueden rechazarse sin nota de injusticia las pretensiones de la Iglesia así protegida con relación á la enseñanza oficial. Pues qué, ¿el Estado, que la ha reconocido como la única verdadera, hasta el punto de no permitir la pública profesión de otra alguna, ha de negarla, incurriendo en inexplicable contradicción, el derecho de intervenir en la enseñanza que aquel organice, para saber si allí se expone alguna doctrina contraria á los dogmas que ella profesa y enseña? ¿Ha de erigirse al Estado en único depositario del criterio religioso, en Pontífice, aunque laico, supremo é infalible, usurpando de esta manera la más sagrada de las funciones de la Iglesia, cuya autoridad él mismo ha proclamado y á la cual se ha sometido? Conven-gamos en que lo irritante que pueda haber en semejantes pretensiones por parte de la Iglesia, es el fruto natural de la situación en que el Estado se ha colocado respecto á ella.

Por esto yo defiendo aquí solamente la emancipación de la enseñanza privada, porque bien sé que la mayor ó menor libertad de la oficial depende de los principios sobre que descansa la constitución de la sociedad civil, sujetos por desgracia á frecuentes transformaciones y mudanzas.

Hé aquí con entera sinceridad expuestos los principios que entiendo que justifican y sirven de base indestructible á nuestra Institución como establecimiento que realiza en su más puro concepto los derechos y la libertad de la enseñanza *laica* en los grados secundario y superior, que son á los que principalmente me he referido en este discurso. Nosotros nos hemos asociado aquí sin ódios, sin preocupaciones contra ninguna institución ni contra ninguna doctrina religiosa.

El vínculo que nos une es puramente científico, nuestro fin el progreso y la difusión de la ciencia humana, nuestro criterio el que la razón, movién-

dose en sus propias esferas, nos inspira. La conciencia religiosa de cada cual queda completamente á salvo. Aquí puede levantar su cátedra para enseñar los conocimientos humanos que posea el más fervoroso miembro de los institutos religiosos que existen en el seno de la Iglesia, al lado de la cátedra en que también venga á exponer sus científicas ideas el libre-pensador, porque el uno y el otro, cualesquiera que sean las creencias de su alma, no ha de profanar ciertamente la conciencia de sus discípulos, ni ha de faltar á la confianza que en la Institución depositan los padres cuando le entregan la dirección de las juveniles inteligencias de sus hijos. El sacerdate no puede franquear nuestras puertas para imponernos su criterio por medio de carácter temporal ó político; pero puede influir, valiéndose de la eficacia que tienen los que son esencialmente religiosos y á que libremente se somete la inteligencia humana, sobre la conciencia de los que pertenecemos al gremio de la Iglesia, y que como maestros ó discípulos frecuentamos estas aulas, si el error llegase á perturbar la ortodoxia de la fe que profesamos.

Confiemos, pues, en que se nos hará justicia, aun por los más apasionados ó escrupulosos en materias de la conciencia, y que de esta manera por todos será reconocido el perfecto derecho que nuestra Institución tiene para vivir; derecho que si ante el Estado se funda en la libertad de la ciencia, ante la Iglesia se protege con el que á los padres incumbe para elegir aquellos á quienes han de encomendar la instrucción y educación de sus hijos, ya que han de responder ante Dios y ante la sociedad misma del deber que al engendrarlos han contraído de completar su propia obra, preparando sus tiernas almas y predisponiendo sus facultades para que puedan en su día regirse y gobernarse á sí mismos.

EUGENIO MONTERO RIOS.

EL CULTO CRISTIANO EN LOS SIGLOS II Y III.

El eminente escritor Edmundo de Pressensé ha aprovechado los ocios de su vida política para terminar la importante obra de historia religiosa cuya primera parte apareció hace veinte años. Con el título de *Historia de los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana*, había emprendido una difícil tarea, de continuación á veces ingrata y laboriosa, que acaba de llevar á feliz término con inquebrantable resolución.

Los dos primeros volúmenes se hallaban consagrados á la primitiva, á la que data de la desaparición

cion del fundador del cristianismo y del establecimiento de las primeras comunidades en el suelo palestino. En los volúmenes siguientes, que tratan simultáneamente de los siglos II y III, el autor ha introducido una division que le parecia indicada por el asunto. Bajo el título de *Los Mártires y apologistas*, ha descrito la gran lucha del cristianismo contra el paganismo. Un quinto volumen exponia á su vez la *Historia del dogma*, el movimiento de la idea cristiana en la misma época: primero sus desviaciones en el sentido de la heregia; despues las primeras elaboraciones sistemáticas que opusieron á esta. Faltaba entrar en el detalle de la organizacion eclesiástica y de la vida cristiana.

El sexto y último volumen de la obra se ocupa en primer término de la organizacion de la Iglesia, su reclutamiento por el catecumenado, sus instituciones locales, su disciplina y el lazo de union entre las diversas fracciones de la cristiandad. Los preciosos documentos de que hoy disponemos, en particular la *Constitucion de la Iglesia de Alejandria*, hallada en lengua copta, hace algunos años, y los *Philorophonmena* de Hipólito, obispo de Ostia, han renovado completamente el asunto, y, segun la expresion de M. Pressensé, hacen en cierto modo «mover ante nuestros ojos las ruedas de esa organizacion que combinaba tan admirablemente el orden y la libertad.» El culto cristiano en el siglo II y su transformacion gradual en el III, constituyen el objeto de los desarrollos siguientes; la tercera parte expone la reforma moral y social operada por el cristianismo en el hogar de la familia, ántes de que ella pasara de allí en las instituciones.

Teniendo en cuenta el considerable trabajo que es la base de este volumen de cerca de 600 páginas, la paciencia necesaria para reunir los materiales de tan vasta informacion, la actividad que ha debido emplearse en clasificarlos, es de admirar que el estímulo del autor se haya sostenido hasta el fin, que su pluma haya conservado sin desfallecimiento esa vivacidad descriptiva que excita la atencion y permite al lector profano recoger sin esfuerzo el fruto de sólidas y originales investigaciones.

I.

Dos momentos principales pueden considerarse en la historia del establecimiento de la Iglesia cristiana: los orígenes propiamente dichos, es decir, lo que con preferencia se refiere á su fundador, y su *establecimiento*, en el preciso sentido de la palabra. Los críticos que han hecho estos estudios difíciles y atractivos objeto de sus trabajos, han cultivado alternativamente estos dos campos, cuyos límites se confunden. Lo mismo que M. de Pressensé, no tenemos que preguntarnos: ¿qué es el cristianismo? sino: ¿cómo se ha conducido el cristianismo, con-

siderado como poder ya existente, respecto al mundo en que su nacimiento le habia arrojado? Esta pregunta se subdivide á su vez en una serie de problemas de detalle, algunos de los cuales son objeto, desde hace siglos, de una ardiente controversia. Esta controversia se habia suscitado desde luego entre católicos y protestantes, celosos igualmente de fundar sus títulos de posesion de la verdad cristiana en su conformidad con la Iglesia en sus principios. En el último siglo, la polémica de los filósofos se enseñoreó con singular ardor en el terreno adonde ella habia trasladado el combate que dirigia contra el organismo eclesiástico contemporáneo; y, cuidándose poco de saber quién de Roma ó Génova habia guardado más fielmente la imágen de la cristiandad primitiva, volvía la espalda á los adversarios, haciendo remontar al desarrollo del imperio romano los progresos cuyo mérito arrancaba á la nueva sociedad religiosa. Hoy el problema se considera de un modo más extenso á la vez que más saludable.

Las pretensiones de las Iglesias rivales han llegado á ser de bastante escaso interes; por otra parte, el cuadro de convencion que se habia formado de la época clásica ha sido modificado por trabajos de primer orden, que igualan en erudicion á las investigaciones de la edad anterior, pero que las aventajan seguramente en la equidad y la prudencia de las apreciaciones. Al mismo tiempo que se penetraba los secretos de la organizacion del mundo greco-romano, se recogian con cuidadoso celo los menores restos de la época transitoria que hizo del judaismo reformado de San Pedro y de San Pablo el catolicismo oficial. Sin preocuparse mucho por saber si tal ó cuál hecho daba margen á disputas teológicas, se reconstituia así la trama rota. Del doble trabajo de los historiadores profanos y religiosos salen poco á poco algunos resultados importantes, destinados á servir de base comun á las elaboraciones ulteriores.

M. de Pressensé, demasiado protestante y demasiado partidario de la separacion de la Iglesia y del Estado, de la que sigue siendo uno de los más firmes defensores, para no dejar comprender la satisfaccion que le causan algunos hechos de los que expone, es tambien, sin embargo, demasiado amante de la verdad histórica para presentarlos bajo un falso aspecto. Citando constantemente su procedencia, proporciona al lector atento el medio de comprobar por sí mismo tal proposicion que parece absoluta ó tal deduccion que parece superar á los hechos. Nos admiramos sobre todo de sus esfuerzos por reconstituir el culto de la Iglesia primitiva: al lado del cuadro completo y sábiamente presentado de las luchas eclesiásticas que agitaron á Roma y el Africa, el de las instituciones religiosas ofrece un interes

de un orden poco distinto, pero acaso más vivo aún. Para ello le han servido de mucho los recientes descubrimientos. Estos ensayos de reconstrucción pueden prestarse á la crítica; pero cuando se realizan con prudente cuidado y con el auxilio de suficientes materiales, dan al pasado una vida especial. Así sucede al describir M. de Pressensé la celebración del culto cristiano en el siglo III, en la gran metrópoli cristiana del Egipto, en Alejandría.

El edificio presenta un pórtico ó vestíbulo que no pueden franquear los simples catecúmenos; una división interior de la nave designa á los hombres y á las mujeres lugar separado. En el fondo se halla el púlpito del obispo y los asientos de los padres ó sacerdotes que le rodean. Delante de la *cathedra* del obispo está la mesa de comunión; cerca de ella, otra mesa recibe las ofrendas de la Iglesia. Hacia el medio del recinto se levantan los dos *ambones* ó pupitres que sirven para la lectura de los libros santos.

Á la hora del culto, al romper el día, se reúne en silencio la asamblea cristiana, según los sexos. Abierta la ceremonia con una invocación, el lector hace oír á la asamblea, que está de pié y con recogimiento, los fragmentos de la Escritura designados por el obispo, ya del Antiguo Testamento, ya del Evangelio. Un psalmo separado, otro himno termina las dos lecturas, cantando la asamblea el final. Entonces tiene lugar la homilía, que es pronunciada por el obispo ó por la persona á quien éste da el encargo; esta persona puede ser un laico, como se dió el caso con Orígenes. La homilía consiste en una comentación popular y sencilla de cualquiera de los textos que se acaban de leer á los fieles. Después de la predicación, los simples auditores se retiran, y esta primera parte del servicio religioso termina con la oración de la asamblea, que se hace generalmente de rodillas, á excepción del domingo y durante el período pascual en el que está recomendado orar de pié por alusión al gran acontecimiento de la resurrección. La oración común se efectúa en voz baja por las indicaciones del oficiante, que sucesivamente recuerda á los fieles los principales motivos por que deben alabar y dar gracias á Dios.

Á la segunda parte del culto no asisten más que los fieles propiamente dichos, los *iniciados*. Los mismos catecúmenos, á punto de acercarse á la mesa santa después de una severa instrucción de tres años, ven cerrarse las puertas ante ellos en tan solemne instante. «Que se cierren las puertas, dicen las *Constituciones apostólicas*, á fin de que no pueda entrar ningún infiel ni profano.» Según esto, también pertenecen á la categoría de los *profanos* los catecúmenos que aún no han recibido por el bautismo el título de cristianos. Los diáconos vigilan á

las puertas para que sólo se abran á los fieles reconocidos; y este aparato da á la ceremonia un carácter misterioso que contribuye á su solemnidad. No hay que ver en tales precauciones el temor de confiar á los paganos un secreto peligroso, sino la severidad religiosa que reserva el privilegio de una santa acción únicamente á los que tienen derecho á participar de ella.

El servicio eucarístico comienza por lo que se podría llamar el *ofertorio*. Los comulgantes presentan sus ofrendas por mediación de los diáconos; ofrendas que consisten en el pan y el vino necesarios para la celebración de la santa cena, además de las primicias de los productos de la tierra y de diversos dones, cuya distribución entre los hermanos indigentes se halla confiada al obispo. A esta primera acción sigue el beso de paz que los hombres dan á los hombres, y las mujeres á las mujeres; después, colocándose el obispo ante la mesa eucarística, da principio el santo misterio. Los textos consultados por M. de Pressensé le permiten afirmar que entonces se hallaba descartada toda idea de expiación, y que la eucaristía conservaba en aquella época un carácter primitivo, el que la etimología le da: el carácter de acción de gracias. «Por Jesucristo, dice una antigua liturgia, es por quien realizamos la eucaristía en tu nombre (en el nombre de Dios), como en el suyo y en el del Espíritu Santo: te traemos esta ofrenda razonable é incruenta.»

Después de la lectura de la invocación, se toma el pan y el vino de la mesa de las ofrendas y se depositan en la eucarística. Un diácono pronuncia una oración de acción de gracias que expresa en conmovidos términos la confianza en la infinita bondad de Dios. El obispo á su vez, siempre de pié ante la mesa santa, repite las palabras de la institución tales como se consignan en el Nuevo Testamento, y recita la oración de consagración: «¡Oh, Dios de bondad que amas al hombre, derrama tu santo espíritu sobre nosotros, sobre estos panes y sobre esta copa, ofrenda de tu Iglesia!» El diácono vuelve á tomar la palabra para invitar á la asamblea á que se arrodille y se incline ante Dios, y aquella, en el momento de tomar parte en la eucaristía, expresa su reconocimiento por medio de cánticos. Se parte el pan, circula la copa de mano en mano al son de las últimas oraciones, y una bendición termina el acto.

Tras de este culto, que es el de todos los días, vienen las ceremonias excepcionales, tales como el bautismo. Conferido este generalmente á los adultos, se sometió desde fines del siglo II y principios del siglo III á reglas más determinadas que en el pasado, al mismo tiempo que se enriquecía con elementos simbólicos. También en este punto es la *Constitución copta* la que nos permite representar fielmente el bautismo, tal como se celebraba antes

del Concilio de Nicea, en los tiempos de Tertuliano y de Orígenes.

Muchas épocas habia designadas en el trascurso del año para la administracion del sacramento solemne que daba entrada en la sociedad de los fieles y coronaba la instruccion dada á los catecúmenos, como, por ejemplo, la Cuaresma ó la pascua de Pentecostés, fiestas que recuerdan especialmente las realidades que representa el bautismo, y un poco despues la Epifanía. Reunidos los catecúmenos en el edificio en que la Iglesia celebra su culto, en presencia de los fieles, dice el obispo: «Arrodillaos y orad.» Esta invitacion era seguida de las palabras del primer exorcismo, destinado, segun las ideas de la época, que atribuian á los demonios, la invencion de los cultos paganos, á rechazar los malos espíritus bajo cuya dominacion vivian hasta entónces los que iban á recibir el bautismo. Hallándose el paganismo entero «poseido de Satanás», todos los que á él han pertenecido en cualquier concepto deben ser sustraídos al imperio de las tinieblas: de aquí la necesidad del exorcismo. Verificado este, el obispo, por una accion simbólica, da un bofetón á los catecúmenos y marca con su dedo la frente, las narices y los oídos de los neófitos.

Estas diversas acciones tenian lugar la víspera de la celebracion propiamente dicha, y no eran más que el preludio de la solemne ceremonia. La noche se pasaba orando y haciendo confesion de los pecados; los catecúmenos no podian tomar otro alimento que un pedazo de pan que llevaban para la ceremonia eucarística del dia siguiente, á la que tendrán el honor de asistir por primera vez. Desde que apunta el dia empieza á correr el agua del bautismo en la vasija dispuesta al efecto, cuya agua se bendice como el pan y el vino de la Eucaristía. El obispo ó el padre dirige al mismo tiempo iguales palabras de bendicion á un vaso lleno de aceite, que viene á ser el aceite de Eucaristía. Un segundo vaso, lleno tambien de aceite, se llamará el *vaso de exorcismo* cuando el obispo haya recitado sobre él las fórmulas que destierran á los demonios. Luego hace el obispo acercarse sucesivamente á cada uno de los electos, le intima á renunciar á los malos espíritus y le unge con el aceite del segundo vaso.

Los catecúmenos son despues conducidos por el diácono á la piscina, en la cual le sumergen tres veces. Entónces hacen la declaracion solemne de su fe, y á continuacion de ella reciben el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo. Como consagracion del acto, el obispo exige al neófito, por medio de una serie de preguntas, una confirmacion detallada de su fe, y, cubriéndole del óleo eucarístico, pronuncia estas palabras: «Unto tu frente con este aceite santo en nombre de Jesucristo.» Desde aquel instante la Iglesia cuenta con un fiel más.

II.

Si la organizacion del culto cristiano corresponde á la misma Iglesia, no se puede decir otro tanto de ciertos puntos que ponen en juego las cuestiones siempre palpitantes de organizacion social. Entre estas y en primer término se halla la de las relaciones de la Iglesia naciente con la esclavitud, que era una de las condiciones normales de la sociedad contemporánea.

Tambien nos parece que M. de Pressense arroja bastante luz sobre este asunto, en el que se ve apoyado por trabajos sólidos y concienzudos. No se atiene, sin embargo, á los resultados de sus predecesores: si se halla conforme con ellos, es por consecuencia de un estudio personal y el alegado constante de textos y autoridades. Rechaza la opinion poco sostenible que atribuye á la Iglesia naciente, desde un principio, el firme propósito de abolir la esclavitud; pero demuestra cómo la religion nueva, haciendo de la profesion de su fe el primer interes del hombre, y considerando en este punto de iguales condiciones al hombre libre y al esclavo, operaba una completa revolucion en sus relaciones: desde el dia en que el infortunado ser que la ley asimilaba á los animales, fué considerado en la casa de Dios como igual á su dueño, la persona humana se restituyó en él, y las consecuencias sociales de esta reforma esencial debian extenderse necesariamente, á despecho de los obstáculos que le opusieran, ya la organizacion de la sociedad greco-romana, ya la vacilacion de los mismos cristianos. Luego la Iglesia no se ha conceptuado libertadora de lo que podia llamarse el cimiento vivo del Imperio; ella no ha invocado el derecho civil, sino únicamente «el derecho religioso», recordando la enérgica frase de San Pablo de que: «En Cristo, no hay distincion alguna entre el hombre libre y el esclavo.»

El mismo apóstol habia hecho una declaracion que ha sido diversamente interpretada, pero que parece, en su verdadero sentido, revelar de una manera muy franca la actitud de los primeros cristianos respecto á la esclavitud: «¿Has oido el llamamiento del Cristo, hallándote en la esclavitud? no te apesadumbres. Aun en el caso de que pudieras verte libre, prefiere quedar en tu posicion presente. Esclavo del hombre, ¿no eres en ese caso puesto en libertad por Cristo?» Se cree hallar en esto una especie de exhortacion á la espera, acaso una protesta contra las impacencias que pudieran haberse manifestado. Por otra parte, Pablo creia en la vuelta inminente de Cristo, y desde el momento que la condicion social de sus adeptos debia quedar sin influencia sobre sus destinos ulteriores, ¿qué necesidad tan apremiante habia de modificar la presente organizacion? Sin embargo, la levadura echada

en la masa debía producir seguramente su efecto. «Es indudable, dice el autor, que si la esclavitud no ha sido formalmente anulada por la Iglesia, esta no ha dejado de trabajar constantemente por la transformación que le ha hecho sufrir. Le ha quitado su razón de ser, al elevar á la vida moral, á su dignidad, á sus derechos y á sus deberes, la miserable criatura en que hasta entonces solo se había visto un cuerpo y un instrumento: no contenta con proteger su debilidad, se ha interesado, desde el principio, por su total manumisión.»

Abundantes pruebas suministran los textos tomados á los autores profanos y cristianos, y especialmente á las antiguas Constituciones eclesiásticas, relato auténtico de los usos y las prácticas de la antigua Iglesia. En estos venerables documentos, ninguna huella se encuentra de diferencia entre los cristianos de diversas condiciones, respecto al culto; la casa de orar no conoce otra distinción que la que separa á los catecúmenos de los fieles, ni otra separación que la de los sexos. Sucedia que el esclavo admitido desde hacía tiempo en la Iglesia, y cuyo dueño figuraba aún entre los catecúmenos, adelantaba á este en la sagrada comunión. ¡Cosa extraña en el mundo romano! Se daba el caso de ver al dueño quedarse en el umbral de la casa de oración bajo el peso de alguna pena disciplinaria, mientras que el esclavo ocupaba un lugar respetable en la asamblea de los fieles. Las *Constituciones apostólicas* deducen de tales hechos su natural conclusión, recomendando al amo que ame á su esclavo como á un hijo, ó lo mismo que á un hermano, «por causa de la fe que es común á entrambos.»

Hay más: el esclavo puede desempeñar algún cargo de la Iglesia y llegar á ser diácono ó sacerdote. Sobre este punto es curioso observar que en la Iglesia naciente se siguió una práctica más amplia que en épocas posteriores. Más tarde se exigió, en efecto, que los esclavos propuestos para algún cargo de la Iglesia debían haber obtenido la libertad de sus amos. Esta alteración del uso no debe considerarse como un retroceso del liberalismo primitivo, sino como una consecuencia natural de los progresos del cristianismo. Cuando este no representaba todavía más que modestas congregaciones en las que el elemento popular formaba la mayoría, no hubiera sido posible imponer aquella condición sin excluir absolutamente al esclavo de la participación en los más grandes privilegios espirituales. Y por el contrario, en el momento en que la religión nueva reemplazaba al paganismo destronado, era justo que ninguna traba inferior se opusiera al que la comunidad confiaba el cuidado de contribuir á su dirección.

Las leyes relativas al matrimonio son igualmente aplicadas al esclavo, arrancando á éste en lo suce-

sivo del concubinato ó del apareamiento bestial que por tanto tiempo constituyó su miserable suerte. Sujetarse á las leyes que castigan el adulterio, es el más brillante reconocimiento de los derechos de la humanidad. El amo, á su vez, tampoco puede abusar ya de una mujer esclava, lo mismo que de cualquiera otra mujer de su propia condición, y tanto á una como á otra debe unirse en matrimonio. El esclavo, en fin, tiene derecho al martirio, supremo honor que le coloca entre los héroes de la fe. «Más de un esclavo, dice Clemente de Alejandría, ha llegado al término de la perfección, muriendo por su fe, á despecho de su amo.» Dos testimonios, uno de un escritor cristiano y el otro de un pagano, pueden resumir con autoridad lo que ha hecho el cristianismo en favor del esclavo. «Ni los romanos ni los griegos, dice Lactancio, han podido mantenerse en la justicia, porque han establecido entre los hombres condiciones desiguales. Donde no son todos iguales, falta la equidad; la desigualdad excluye la justicia, cuya fuerza propia consiste en hacer iguales á todos los hombres que han recibido la vida en iguales condiciones.» Luciano, en su *Peregrinus*, confirma en los más precisos términos esta doctrina, que no era más que el resumen de la práctica cristiana, exclamando irónicamente: «El legislador de los cristianos les ha hecho creer que todos son hermanos;» y cuando en otro tratado describe, en tono de burla, una sociedad ideal en la que bárbaros, pobres, pueden adquirir el derecho de ciudadanía con tal de que tengan amor al bien, y donde ni se pronuncian siquiera las palabras de hombres libres y de esclavos. ¿Se necesita añadir á este testimonio la frase de Orígenes: «Enseñamos á los esclavos cómo pueden proporcionarse un alma de hombre libre y obtener por la fe una verdadera emancipación?»

La Iglesia empezó temprano á favorecer las manumisiones, y desde el día en que se vió libre de persecución, la legislación de la esclavitud tomó un carácter más dulce y más humano. Sin embargo, la unión del cristianismo con el imperio dió, según M. de Pressensé, un resultado contrario del que podía suponerse desde luego: el de que retardó la emancipación, en vez de apresurarla, por la confusión que entonces se hizo de los intereses de la sociedad civil y de la espiritual. «Es una grande humillación,—dice nuestro autor con leal franqueza, siendo protestante y partidario de las Iglesias libres,—una grande humillación para el espíritu humano hacer constar cuántos siglos han sido necesarios para realizar las consecuencias más evidentes del principio de igualdad moral que tan sólidamente arraigado en la conciencia cristiana se nos mostró cuando á ella sola se pertenecía y no trataba más que con perseguidores, en lugar de depender de poderosos protectores.»

III.

En este cuadro de una época tan rica y tan compleja, hemos puesto de relieve dos puntos que juzgamos dignos de atención; hubiéramos podido señalar muchos otros.

M. de Pressensé ha tenido la feliz idea de terminar su excelente obra con una serie de noticias que da el más completo conocimiento de las catacumbas de Roma. Respecto á la cuestión de las relaciones del cristianismo con la esclavitud, encontramos, por ejemplo, el interesante dato de que cuanto más nos remontamos á la primitiva edad del cristianismo, más escasas son las distinciones sociales de que dan fe aquellos cementerios subterráneos. «Los más sabios exploradores de la antigüedad cristiana, dice M. de Pressensé, se hallan de acuerdo en reconocer que las antiguas inscripciones guardan absoluto silencio en cuanto al rango de los cristianos sepultados en las catacumbas. Entre tantos millares de epitafios como se han descubierto, solo se han encontrado dos que hagan alusión á la condición de esclavo ó de liberto. Todos los demás pasan en silencio la condición anterior, que es casi siempre marcada con cuidado en las inscripciones paganas.»

Al rendir un merecido tributo á la imparcialidad del autor de la *Historia de los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana* y á sus excelentes informes, hemos hecho las correspondientes reservas sobre la perfecta conformidad de las deducciones con los hechos. Pero teníamos ménos en cuenta tal parte del libro que su tendencia general. M. de Pressensé tiene razón seguramente en oponer la Iglesia de los tres primeros siglos á la Iglesia de Constantino y de sus sucesores; convendría, sin embargo, no aparentarse olvidar que la segunda es hija muy auténtica de la primera, y que, si las circunstancias completamente nuevas en que se ha encontrado, han hecho desarrollarse tendencias que declaramos con él, esas tendencias sólo esperaban el momento propicio para manifestarse. Creemos que, sin participar del error de los polemistas que reclaman para el protestantismo los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana y hacen datar la «decadencia» de la Iglesia del cuarto, M. de Pressensé no ha resistido lo bastante al deseo de aprovechar para sí la época que ha retrado con brillante pincel. En rigor, la Iglesia del siglo III no corresponde ni al catolicismo ni al protestantismo de nuestros días; pero si hubiera que aplicarla á uno de los dos, preciso sería confesar que muy bien puede considerarse como el punto de partida del desarrollo que ha hecho de la Iglesia romana lo que llegó á ser en el trascurso de la Edad media y lo que todavía es hoy. No es el catolicismo completo, pero sí el catolicismo en

vía—y en vía muy rápida—de formación y de organización. Esto es lo que demuestran claramente los precisos textos que M. de Pressensé comenta con su habitual sinceridad.

MAURICIO VERNES.

LA CIENCIA QUÍMICA.

V.

La alquimia estaba muy desacreditada al terminar el siglo XVI, y caminaba rápidamente á su ocaso; sin embargo, entre los que cultivaban ya la verdadera ciencia los había que creían en la transmutación; era necesario que tal creencia desapareciese, y esto se consigue casi por completo en el siglo XVII; y decimos casi por completo, porque á principios de él, y aún ya entrado, bullían, principalmente por Alemania y aún por Italia, Inglaterra, Suecia y algunos otros países, los falsos alquimistas.

La experiencia invocada por los filósofos Galileo, Bacon, Descartes y Boile, como fuente pura del saber, produce en este siglo excelentes resultados, y en él impera la razón, que sustituye á la autoridad, inadmisibles en la ciencia química. Además de este cambio tan favorable, concurre otra causa muy poderosa para el desarrollo de las ciencias físicas y naturales, que es la fundación de las Academias, pues con ellas la actividad individual se reforzó con la colectiva.

La primera de estas asociaciones científicas fué fundada por J. B. Porta en Italia, bajo la protección del cardenal de Este, con el nombre de *Academia de los secretos*. Boile, cuyo estudio predilecto fué siempre el de las ciencias físicas y naturales, reunió varios sabios á mediados de este siglo para formar una asociación, á la que los asociados dieron el nombre de *Colegio científico*, que algunos años después, con la protección que le dispensó Carlos II de Inglaterra, se convirtió en la *Sociedad Real de Londres*. Al poco tiempo se fundó en Florencia la *Academia de Cimento* y la de *Lienci*, la *Imperial de los curiosos de la naturaleza* en Alemania, la de *Ciencias de Paris*, la de *Stokolmo* y otras.

La física, protegida como la química por las corporaciones sábias, adelantó por el pronto más que ésta y la prestó su apoyo; pero la química, sin trascurrir mucho tiempo, le pagó esta deuda de gratitud con el descubrimiento de los cuerpos gaseosos, cuyo estudio inició J. B. Van-Helmont, quien demostró de un modo científico la existencia de los cuerpos que son invisibles como el aire é impalpa-

bles como él, aunque materiales, que denominó *gases*. Es evidente que Van-Helmont no acertó á aislar ninguno de estos cuerpos; pero aún así, ofreció un campo extenso á la investigación, y supo distinguir el ácido carbónico, apreciar algunas de sus propiedades, conocer las principales circunstancias en que se produce, y dar explicación de la asfixia que determina cuando se le respira, así como de la extinción de los cuerpos inflamados en el gas ácido sulfuroso. Además, Van-Helmont tuvo algún conocimiento de los gases inflamables.

Estos hechos, que hoy nos parecen de escasa significación, sirvieron de base para uno de los estudios más importantes de la física y de la química, cuyos estudios, al cabo de unos cien años, habían de dar tan sazonados frutos. Van-Helmont es también el primero que llamó la atención de los físicos y de los químicos acerca del uso de la balanza, complemento del análisis química, pues sin ella todo es inútil en los trabajos cuantitativos, y con su auxilio la química ha podido llegar á constituirse. Es evidente que si en la experimentación, dada á conocer la utilidad de esta máquina tan sencilla, pero tan difícil de construir si ha de ser exacta, se hubiese hecho constantemente uso de ella, la ciencia hubiera llegado mucho más pronto al conocimiento de los hechos más importantes y trascendentales.

Boile, á quien Boerhaave apellidó el ornamento de su siglo, practicó algunos experimentos con los cuerpos gaseosos, y hasta llegó á aislar uno que era el hidrógeno; pero por medio de un aparato que sólo podía emplearse para recoger algunos de estos cuerpos, y no servía para el estudio de ninguno de ellos. Los trabajos que hizo Boile en diferentes conceptos, son además muchos y tan importantes, que contribuyeron en gran manera á los progresos de la ciencia. Trazó este sabio el mejor camino que debían seguir los químicos en sus investigaciones: el estudio, decía, debe hacerse filosóficamente, y no con un objeto determinado, como los alquimistas, los médicos y los farmacéuticos; y á esto añade: si los hombres estimasen en más los progresos de la ciencia que su vanidad, comprenderían que el mejor servicio que pueden prestar á la sociedad es utilizar su talento en practicar experimentos y reunir observaciones sin establecer teorías ántes de dar solución á los fenómenos que pueden ofrecerse. Hé aquí los verdaderos consejos de un sabio, cuyos buenos consejos deben tenerse siempre presentes. Boile practicó lo que aconsejaba, y con esto, su gran talento y su asiduidad en los trabajos; á lo que hay que añadir los grandes recursos que le proporcionaba su mucha riqueza, llegó á hacer descubrimientos importantes, tanto en la física como en la química, y á plantear algunos problemas que no resolvió por falta de datos.

Es admirable cómo discurría Boile acerca del aire y de los gases, de la naturaleza de los compuestos, de la combinación y de la simple mezcla, de la respiración, del nitro, que supo preparar por la vía sintética, del agua del mar, del arsénico blanco, que colocó entre los ácidos, y de la densidad de las aguas. Fué además Boile el primero que hizo aplicación del análisis química para el estudio de las aguas minerales medicinales, y el primero también, aunque sin saberlo, porque se ha deducido de sus trabajos, que aisló un alcaloide, que fué la morfina. Era tal el amor que profesaba á las ciencias, que así que llegaba á su noticia un descubrimiento, procuraba adquirir hasta los menores detalles para estudiarle, y acto continuo darlo publicidad. Mostró el fósforo el alquimista de Dresde Krafft, que había descubierto hacia poco tiempo otro alquimista de Hamburgo llamado Brandt, de quien había adquirido el secreto de su preparación, y bastáronle algunas indicaciones acerca de la procedencia de este cuerpo elemental para que le obtuviese. Este filósofo será siempre modelo de buenos experimentadores, y los que han seguido sus huellas son, como él, los que más han hecho en pro de las ciencias.

A esta época, en que tanto ya se hacía para que la química fuese adquiriendo el carácter de ciencia, pertenecen Glaubero, Kunckel, Angel Sala, Tachenio Becher y muchos más. Glaubero es quien por primera vez señaló un efecto de doble descomposición, que describió en lenguaje científico y no del modo oscuro que solían hacerlo los químicos de aquel tiempo, cuyo efecto es el que tiene lugar entre el sulfuro de antimonio y el sublimado corrosivo cuando reaccionan. Berzelius nos dice, con este motivo, que este hecho que nos parece de tan escasa significación al presente, puede compararse con un rayo de luz que penetra en la oscuridad. Por otra parte, en los escritos de Glaubero se nota que prescinde por completo de las ideas que los alquimistas de su tiempo tenían de los metales, quienes todavía los consideraban formados de aire, tierra y fuego, ó bien de mercurio, sal y tierra. Tuvo este químico alguna noción del cloro, descubrió el kermes mineral, medicamento muy usado en el día, y llegó á formar por la vía sintética la sal que todavía lleva su nombre; lo que prueba poseía algunos conocimientos de análisis química, tan escasos todavía entonces. Kunckel, profesor de química de la Universidad de Wittemberg, quizá el primero que enseñó esta ciencia en una cátedra pública, y sagaz investigador, dió á conocer hechos bastante científicos de la fermentación, del amoníaco, de la purificación del ácido nítrico y de la plata, de la separación del oro de este metal, de los preparados de antimonio, de que se hacía ya bastante uso, y de los aceites esenciales: señaló el fenómeno ígneo que se nota

en la combinación del cobre con el azufre; se ocupó del calor que se produce en las reacciones químicas, é inventó el método que hoy más usamos para preparar el sublimado corrosivo, producto que ya se conocía, pero que el modo de prepararle era casi un secreto. Además, Kunckel tuvo mucha participación en el descubrimiento del fósforo. Este hábil experimentador quiso obtener de Brandt el procedimiento para obtener este cuerpo, y con este objeto dirigióse á Hamburgo, en donde residía Brandt, de quien nada pudo conseguir; pero durante su estancia en esta ciudad averiguó que éste se había servido de la orina humana, y con ella, después de regresar á Wittemberg, consiguió lo que tanto deseaba. Dueño ya del descubrimiento del fósforo, estudió sus propiedades; mas previendo los inconvenientes que pudiera ocasionar su extraordinaria combustibilidad, se abstuvo de publicar el método, y solo le dió á conocer á algunos de sus discípulos; uno de estos, Homberg, reveló el secreto en París y preparó este cuerpo, que con razón tanto preocupaba, ante una comisión de la Academia de Ciencias de esta capital. Angel Sala hizo un estudio extenso de los preparados del antimonio, de la sal de acederas, del alcohol, del ácido sulfúrico, de la sal amoniaco, que llegó á preparar sintéticamente, y de otros varios productos. Tachenio definió lo que son las sales, con poca diferencia de como lo hizo Lavoisier muchos años después; explicó con cierta exactitud la saponificación; consideró la sílice como un ácido; conoció y explicó con mucha claridad los efectos de sustitución y de doble descomposición, y finalmente, llegó á comprender algo respecto á las proporciones en que los cuerpos se combinan. Becher, notable por sus ideas teóricas, bastante extrañas por cierto, respecto á la naturaleza de los metales, que consideró, no como los alquimistas, formados de azufre, mercurio y sal, ó bien de mercurio, sal y tierra, sino de una tierra vitrificable, de una tierra volátil y de un principio ígneo, sobre cuyos falsos principios fundó después una teoría, que tuvo mucha celebridad, su discípulo Jorge Ernesto Stahl.

La mayor parte de los químicos de esta época eran médicos ó farmacéuticos, y por esta circunstancia casi todos sus esfuerzos los empleaban para impulsar las ciencias que profesaban; así es que la terapéutica se enriqueció considerablemente, así como la bibliografía químico-farmacéutica; tanto, que eran muy pocos los Estados de Europa que á la sazón no tuviesen una farmacopea oficial ó bien un formulario, aparte de otras muy apreciadas como las de Quercetano, Poterio, Escrodero, Zuwelfero y muchas más: sin embargo, la química era también objeto de la ocupación de algunos príncipes y de varios hombres distinguidos, que con este motivo

tenían laboratorios bien provistos, y dispensaban decidida protección á los químicos de más nombradía, con los cuales compartían sus trabajos. Varios de estos príncipes, llevados más adelante del deseo de propagar la química y de favorecer su progreso, fundaron cátedras para su enseñanza, principalmente en Alemania, Suecia y Francia. Davison fué el primero que enseñó en París la química en una cátedra pública, á cuyas lecciones asistía un numeroso auditorio. Esta ciencia fué después muy protegida por Luis XIV, que sabido es era protector de todas las ciencias, de la literatura y de las artes, con cuya protección el pueblo francés se elevó á mucha altura. Con justicia se señaló á este príncipe, que dió nombre á su siglo con el de Gran Rey, que aún hoy, no sin orgullo, se pronuncia en la Francia republicana. La cátedra de química del Jardín botánico de París fué desempeñada en estos tiempos por hombres de mérito, como Vallot, Lefebre y Glasser; médico del rey el primero, escritor distinguido el segundo, y farmacéutico notable el tercero, y todos contribuyeron no poco al progreso de la ciencia.

A pesar de los esfuerzos que se hacían en este siglo para dar impulso á la química, adelantaba ésta muy poco en lo que se refiere á el análisis, sin la cual nada podía hacerse en la parte filosófica; se acumulaban materiales y nada más. Era, pues, necesario encaminar la ciencia por otra vía que condujese á mayores resultados, y acometer el estudio de los cuerpos gaseosos iniciado por Van-Helmont y por Boile, y al mismo tiempo ensanchar por todos los medios los conocimientos analíticos.

VI.

Aunque Van-Helmont y Boile habían llegado á conocer había cuerpos invisibles, no pudieron hacer estudios de importancia de estos cuerpos por no haber hallado el medio de aislarlos y de manejarlos de un modo conveniente. Los químicos que en el siglo XVII acometieron con más decisión el estudio de los cuerpos gaseosos, parte de la ciencia que después recibió el nombre de química neumática ó de los gases, fueron por el pronto Roberto Hooke, Wren, Juan Mayow y Bernouilli. Wren aisló el ácido carbónico que se desprendía de un frasco en el que había colocado una materia en fermentación, adoptando á su cuello una vejiga, y este mismo experimento le practicó después Hooke ante la Sociedad Real de Lóndres, variando algún tanto el aparato, descomponiendo las conchas de ostras por medio del ácido nítrico. Échase de ver cuánto llamaba la atención esta parte de los conocimientos químicos, tan interesantes también para la física; cuánto se agotaba el ingenio; qué poco se conseguía para aislar un cuerpo gaseoso que ya sabían causaba la as-

fixia, y qué trabajo costaba dar un paso más en esta ciencia, la más experimental de todas. J. Mayow no aisló ningún gas, y sin embargo es quizá uno de los químicos que más contribuyeron en esta época al adelanto de su estudio. Hoy mismo nos llama la atención los experimentos que practicó y las deducciones que hizo, así como la magnitud de sus ideas. Su vida fué corta, y si se hubiese prolongado, quién sabe si habría llegado á alcanzar la gloria que parece estaba reservada para el gran Lavoisier.

Lo que Mayow llamó espíritu de nitro aéreo, no es otra cosa que el oxígeno, espíritu que decía existe en el aire y entra en la composición del nitro; y se fundaba en que un metal, el antimonio por ejemplo, se convertía en la misma sustancia cuando se le calcinaba con el nitro que cuando se le calentaba en el aire por medio de una lente. En la combustión, decía Mayow, solo una porción del aire es la que toma parte en ella, y lo demostraba colocando una bujía encendida en una atmósfera limitada: el gas que producía este efecto era su espíritu nitro-aéreo, ó sea el oxígeno. Échase de ver que esto no era otra cosa que el análisis del aire. Sus ideas respecto á la respiración de los animales, á la formación de algunos ácidos y á la fermentación, diferéncianse poco de las que hoy todavía admiten muchos químicos. Si Mayow hubiese podido dar algunos pasos más, es muy probable que cien años ántes se habría resuelto alguno de los problemas más importantes de la química. Bernouilli aisló el ácido carbónico de la creta, sirviéndose para ello de un aparato muy imperfecto, é hizo la observación que de un cuerpo sólido podía separarse un gas; hecho hoy para nosotros de ninguna significación, pero que en aquel tiempo no podía ménos de tenerla muy grande. Son también importantes en este concepto varios experimentos practicados por Hoffmann, quien además enseñó á distinguir la cal de la magnesia, que en aquel tiempo se confundían; así como los de Juan Rey, que dió una explicación muy racional del aumento de peso que adquieren los metales cuando se les calcina en el aire y se convierten en cales, como entonces se decía.

Los esfuerzos de estos hombres de tanto mérito para dar impulso á la ciencia, fueron secundados por las obras que por este tiempo publicaron Lefebvre, Glasser, Etmullero, Lemery y otros, en cuyas obras, además de hallarse consignado todo lo importante que se sabía, se nota están escritas con mucha claridad; que es todo lo contrario de lo que se observa en los libros publicados anteriormente, en los que se ve, como con mucha razón dice un autor distinguido é historiador contemporáneo, cierto empeño en disfrazar lo que sus autores sabían, ó en ocultar lo que ignoraban. La más notable de estas obras es el *Curso de química de Lemery*,

que se tradujo en español y en casi todos los idiomas de Europa, obra en que poco nuevo se hallaba consignado de lo que en aquel tiempo se sabía; pero por su claridad y exactitud, fué por largo tiempo el manual, tanto de los médicos como de los farmacéuticos. Por otra parte, las Academias recientemente fundadas contribuían no poco al progreso, tanto de la física como de la química: había en ellas actividad y noble emulación; y además, con la publicación de sus trabajos, prestaban grandes servicios, y uno de ellos, quizá el más importante, el de las publicaciones periódicas que ellas iniciaron.

La física, hermana siempre cariñosa de la química, se había enriquecido con descubrimientos tan importantes como el de las máquinas eléctrica y neumática, de que la última hizo en breve interesantes aplicaciones; aún más, la balanza que tanto impulso había de dar á la ciencia, pues sin su aplicación todos los trabajos hubieran sido infructuosos, había mejorado mucho en su construcción.

Échase de ver que el siglo XVII no fué estéril para la ciencia: á la nebulosidad tan prolongada de la Edad media, sucedió una aurora que anunció días claros y serenos; en fin, en este siglo se hizo mucho, ya que no lo bastante, para que en el próximo pudieran realizarse hechos los más sorprendentes.

Hoy nos parece poco ménos que increíble que todos los que se habían ocupado del estudio de los gases no hubiesen hallado un medio de fácil ejecución para aislarlos y manejarlos, y esto al fin lo consigue Halles, que tal vez era un talento muy inferior á Van-Helmont, Boile y Mayow. El aparato que inventó Halles es esencialmente el mismo de que nos servimos en la actualidad, y con él pudo hacer algún estudio de los gases que se producen en la destilación seca de las materias orgánicas, de los que se desprenden en las reacciones que se verifican entre algunos metales y ciertos ácidos y algunos otros. Tuvo este químico en sus manos los gases más principales; pero como para él todos eran aire, puede decirse que no descubrió ninguno: verdad es que supo que la mayor parte de estos cuerpos eran inflamables; pero atribuyó esta propiedad á que el aire obtenido resultaba impregnado de las materias combustibles de que procedían. Se echa de ver que Halles no comprendía pudiese existir ningún otro cuerpo gaseoso que el aire, al que consideraba como el lazo elemental que unía las partículas de ciertos cuerpos, principio que, según él, podía separarse por medio de la combustión.

El procedimiento de Halles para aislar los gases abrió un campo muy extenso á la investigación, y en breve y á porfía los químicos se dedicaron á hacer experimentos; señalándose en estos trabajos

Boerhaave, Venel, Geoffroy, Duhamel, Muschenbrock, Huber, que explicó de un modo muy racional la función que desempeña el aire en los pulmones, y Blak; pero los de este último químico son los que ofrecen más interés en este primer período de la química neumática. Confundíanse todavía con el aire todos los gases que se había conseguido aislar, y este químico distinguido probó hasta la evidencia que el ácido carbónico era un cuerpo enteramente distinto del gas de la atmósfera; hecho que por sí solo bastó para que en cierto modo la química cambiase de rumbo, puesto que con su conocimiento púdose ya demostrar lo que son los álcalis carbonatados y su caustificación: sin embargo, á pesar de los experimentos tan palpables que en este sentido práctico Blak, fuéle difícil hacer comprender su exactitud, y tuvo no pocos adversarios, y entre ellos nada ménos que á Lavoisier, quien por algun tiempo estuvo de parte de una hipótesis, errónea hoy á toda luz, inventada por el químico alemán Meyer, en favor de la cual no había un solo hecho, y que por lo tanto tenía que desaparecer tan luégo como se hiciese uso de la balanza, medio por el que se resuelven todas las cuestiones de aumento y de disminución de materia.

VII.

Hasta este tiempo, si prescindimos de los cuatro elementos de los filósofos griegos y de las ideas de los alquimistas, y aún de los que estudiaban la materia en otro concepto que el de convertir los metales comunes en oro y plata, por más que algunos creyesen todavía posible la trasmutación, ninguna teoría se había emitido en la química que tuviese por objeto dar explicación de los fenómenos más notables que se observan en el acto de combinarse los cuerpos y al destruirse los compuestos, hasta que el químico Jorge Ernesto Stahl dió la que tanta celebridad alcanzó, llamada *Stahliana* ó del *flogisto*.

Jerónimo Cardan, Juan Mayow y Roberto Hooke habían comprendido, si bien de un modo confuso, la causa de la combustión, fenómeno que en todos los tiempos ha fijado la atención de los filósofos, cuyo fenómeno es el que pretendió explicar Stahl con su falsa aunque ingeniosa hipótesis. Este halló la idea de su teoría en la que su maestro el químico Becher tenía de los metales, quien los suponía compuestos de un principio ígneo combustible, de una tierra vitrificable y de otra sutil mercurial volátil, pero la formuló de otra manera: supuso que los cuerpos contienen el principio ideal, á que los discípulos del mismo Stahl dieron el nombre de *flogisto* ó *flogístico*, principio que se desprendía en el acto de la combustión, dando origen al fenómeno del fuego. Si el cuerpo quemado era un metal, y que por haber perdido el flogisto se hallaba convertido

en cal, á cuya sustancia asimilaron por casualidad las combinaciones que los metales forman con el oxígeno, se decía, se les puede devolver sus caracteres por medio de una sustancia abundante en flogisto, tal como el carbon ú otros cuerpos muy combustibles hidrogenados ó carbonados. Efectivamente, estos son los cuerpos con los cuales reducimos los metales, y apreciando así los hechos, la teoría aparecía seductora y aún exacta. En Stahl era disculpable esta falsa apreciación, porque apenas tenía conocimiento de los gases; sin embargo, no ignoraba que el aire era indispensable para la combustión, pero admitía que el efecto que produce este agente era puramente mecánico, y que se limitaba á desalojar el flogisto que iba quedando libre, el cual ántes se hallaba en estado latente y se desprendía bajo la forma de fuego. Libre ya el flogisto, se suponía en esta teoría que cuando perdía el movimiento que le hacía luminoso, quedaba en un estado extraordinario de tenuidad que aparecía imperceptible, bajo el cual producía calor, pero ocasionado éste por algun movimiento que sus partículas conservaban todavía, pues para Stahl, el calor era un fuego invisible muy dividido.

A los que siguieron la teoría de Stahl, no les faltaron recursos para explicar el enrojecimiento de los cuerpos que como la arcilla no experimentan cambio alguno cuando se hallan expuestos á la acción del fuego: en tales casos no había separación de flogisto, sino simplemente un movimiento de rotación de las partículas candentes, ocasionado por el flogisto que les había transmitido la temperatura ó por la luz condensada.

Los partidarios de Stahl llegaron á saber que los metales aumentaban de peso por la calcinación, pero ¡oh ceguedad! para salir de tan grande apuro, supusieron que, siendo el flogisto más ligero que el aire, hacia ménos pesados á los cuerpos con que se combinaba, y que, por lo tanto, cuando se desprendía, resultaban más pesados. Hé aquí un hecho el más patente para probar cuán débil es el hombre y cuán dispuesto se halla para prestar su asentimiento á todo aquello que le halaga y tiende á apoyar su opinión aún cuando sea un absurdo.

Para unos la teoría del flogisto fué funesta; porque los químicos del siglo anterior, hallándose satisfechos con ella, no fijaban la atención en los experimentos practicados anteriormente por Juan Rey y por Juan Mayow, que podían servirles de base para investigaciones ulteriores; y para otros esta falsa teoría dió ocasión para llegar á conocer verdades de mucha magnitud, con las cuales pudo llegarse á la constitución de la ciencia. Lo que hay de cierto es que, aunque la teoría de Stahl duró muy cerca de medio siglo, este largo período no fué estéril para la química; y tanto esto es así, que en él se hicieron

descubrimientos de importancia, y por de pronto nada nuevo se introducía en ella: limitábase á dar la explicación de un fenómeno interesantísimo; pero respecto á lo demás, quedaban todas las cosas en el mismo ser y estado: el mayor daño le causó cuando se llegó á conocer que esta teoría era de todo punto insostenible, y pretendían hacerla valer filósofos y químicos de mucha suposición, que eran justamente los que habían forjado los instrumentos más poderosos para derribarla.

En Francia, Alemania, Inglaterra y Suecia es en donde en el siglo anterior, así como en el presente, hubo más movimiento científico, y cada una de estas naciones produce un número crecido de sabios que á porfía enriquecen la ciencia y preparan uno de los periodos más brillantes de su historia pasada, y séanos permitido decir, que quizá también del porvenir; porque el mayor mérito pertenece con pocas excepciones al que crea é inventa: el último tercio del siglo que precede, es y será probablemente el más notable para la ciencia química.

Muchos son los hombres de mérito reconocido que figuran en esta época memorable: Francia tuvo en ella á Geoffroy, que, aparte de varios trabajos más ó menos importantes, nos dió á conocer una ley acerca de la combinación; á Boulduc, que nos enseñó por procedimientos desconocidos á analizar las aguas minerales; á Duhamel, que, asociado á Grosse, dió detalles acerca de la preparación del único éter que entonces se conocía, y á Rouelle, el maestro de Lavoisier, que con su fácil palabra, elocuencia, claridad y práctica para la demostración, cautivaba un numeroso auditorio, y lo que es consiguiente, propagaba los conocimientos químicos. Hay otros que influyeron también no poco en los adelantos de la química en este período notable, tales como Barron, Hoefler, Tillet, Reaumur, Dufay, Bucquet, Demacy, Cadet, Beaumé y muchos más que casi en su totalidad eran médicos y farmacéuticos.

En Alemania brilla Marggraf, que hizo el estudio de los zumos azucarados de los vegetales indígenas y dió á conocer los medios para obtener el azúcar puro contenido en ellos; problema árduo, resuelto por él hacia más de un siglo, y descubrimiento que ha producido un manantial grande de riqueza, del que no se hizo aplicación hasta principios del siglo presente. Marggraf es el primero que dió á conocer las combinaciones que forma el fósforo con los metales, quien enseñó á beneficiar el zinc en Europa, el que distinguió con exactitud la potasa de la sosa, entonces confundidas, y el que por primera vez hizo uso del microscopio en las investigaciones químicas.

Suecia, la patria del gran Linneo y la del no menos célebre Berzelius, es tal vez la nación en que se dió más impulso á la química, á la mineralogía y

á la metalurgia, y la que demuestra á las naciones cultas que las ciencias crecen con lozanía hasta en los países montañosos, nebulosos y poco favorecidos por la naturaleza. Brandt, Swab, Cronstedt y más principalmente Bergmann y Scheele, que Alemania reclama para sí por haber nacido en Stralsund, que entonces pertenecía á Suecia, en que vivió, son las figuras que dan no poca gloria á esta nación, de cuyos maestros habían de salir después discípulos tan sabios respectivamente, y aún más que ellos.

Brandt, metalurgista distinguido, hizo un detenido estudio del arsénico blanco, en el que reconoció sus propiedades ácidas, y además dió á conocer el arsénico metálico y régulo de cobalto: Swab introdujo el uso del soplete en los experimentos de la química y de la mineralogía, y Cronstedt, distinguido matemático y metalurgista, descubrió el metal nickel en un mineral que en aquel tiempo era inútil, como lo son todas las cosas que no sabemos aprovechar. Bergmann, uno de los ornamentos de este siglo, matemático, astrónomo, naturalista y químico distinguido, señaló las propiedades más importantes del ácido carbónico y las de varios carbonatos. Es Bergmann el primero que obtiene por la vía sintética un producto hallado en la economía vegetal, que fué el ácido oxálico; quien dió á conocer una porción de sales de manganeso, de zinc y de otros metales; el que acertó primero á formular las leyes de la combinación, y finalmente, el que dió preceptos y enseñó medios enteramente desconocidos para analizar los cuerpos. Bergmann puede ser considerado en este concepto como el fundador del análisis químico, y por consiguiente uno de los sabios que más han contribuido á la constitución de la ciencia química. Scheele no poseía conocimientos tan generales como Bergmann, pero en cambio era un genio para la experimentación; y tanto esto es así, que los descubrimientos parece se le venían á la mano. En el estudio que hizo de la manganesa dió á conocer nada menos que tres cuerpos nuevos: el manganeso, la barita y el cloro. Hizo un estudio detenido de los zumos ácidos de los vegetales, y consiguió aislar en estado de pureza los ácidos de origen orgánico más importantes que hoy conocemos, como son el cítrico, málico, tartárico y oxálico, quien además demostró que este último ácido, obtenido con el zumo de ciertas plantas, era idéntico al que Bergmann había conseguido formar con el azúcar y el ácido nítrico, que llamó ácido del azúcar. Los ácidos gálico, láctico, úrico, arsénico, molibdico, tungstico, cianhídrico y fluorhídrico, son también descubrimientos del modesto farmacéutico y químico Scheele, quien además enriqueció la ciencia con el descubrimiento del principio que existe en las grasas, llamado gli-

cerina, tan usada hoy en medicina, con el mangano de potasa y el arsenito de cobre que lleva el nombre de verde de Scheele. Además, este hombre tan distinguido hizo el análisis del aire por un procedimiento que pone muy de relieve su extraordinario talento investigador; y lo que más admira todavía en Scheele, es que todos estos prodigios los hizo sin más recursos que los que suministra el laboratorio de una modesta oficina de farmacia, y todo á sus expensas siendo pobre.

Inglaterra tuvo en esta época á Priestley, físico y químico que alcanzó gran celebridad, cuyo nombre quedará eternizado con el de sus descubrimientos. Su estudio predilecto era el de los gases, y por el pronto el que fijó más su atención fué el ácido carbónico, gas que tanto preocupó á los químicos sus contemporáneos. Poco dijo sin embargo de él que no fuese ya conocido; no obstante, á Priestley somos deudores de dos hechos importantes: es el uno que la presión atmosférica favorecía su solubilidad, y añadió que por la compresión se podía obtener un agua semejante á la de Seltz; de manera que Priestley puede ser considerado como el inventor de las aguas gaseosas artificiales; y el otro, la observación que hizo, investigando un medio para hacer respirable este gas, de que las plantas vivían en una atmósfera de él, interin que los animales perecían, y que aquellas devolvían al gas ácido las propiedades del aire común, efecto que solo tenía lugar en presencia de la luz. Cuando Priestley hizo este importantísimo experimento, tan repetido después, no se podían hacer deducciones concernientes á la fisiología vegetal, que hoy se hacen; en una palabra, dar explicación de un fenómeno de tanto interés, porque no se conocía el oxígeno, mas si se demostraba la saludable influencia que podían ejercer los vegetales en la atmósfera, que por tantas causas se altera. El hidrógeno era ya conocido; pero practicando con él varios experimentos, advirtió que al quemarse se forma un rocío; experimento que condujo á la síntesis del agua y al conocimiento de su composición, hecho de que tanto partido se sacó poco tiempo después para constituir la ciencia.

Conocíanse á la sazón dos cuerpos gaseosos que por su extraordinaria solubilidad en el agua no se podían aislar en el aparato de Halles, y Priestley discurrió sustituir el mercurio al agua, con lo que prestó á la ciencia un eminente servicio. Los gases óxido nítrico, nitroso y carbónico, el hidrógeno proto y percarbonado son también productos que Priestley dió á conocer; pero el descubrimiento que eternizará su nombre es el del oxígeno. Descomponiendo el nitro por el fuego, obtuvo Priestley un gas, que distinguió de otros, porque en vez de extinguir el fuego le avivaba, y dijo este experimen-

tador especial: «Este hecho en manos hábiles podrá conducir á descubrimientos de consideración.» Era una profecía que en breve había de cumplirse: este gas no era otro que el oxígeno impuro. Halles había dicho hacia tiempo que en la calcinación de los metales se fijaba un aire, y Priestley se propuso aislar este aire que aumenta el peso de dichos cuerpos, y con este objeto practicó un experimento muy ingenioso, que consistía en descomponer el minio por medio de una corriente de chispas eléctricas, y recoger en campanas en el baño hidrargiro-neumático el gas que se desprendía. Comprendese que este gas era el oxígeno puro; pero Priestley no practicó con él más experimentos que observar su solubilidad en el agua, y deduce que es aire fijo, nombre que entonces se daba al ácido carbónico. ¿A que era debida tanta falta en la experimentación? Priestley sabía demasiado que las llamadas entonces sales metálicas daban con el carbon aire fijo, y como suponía que este cuerpo, rico en flogisto, se le comunicaba á los metales, dedujo de esto que si la electricidad no era el mismo flogisto, debía ser una cosa en que abundase este agente ideal. Échase de ver ya el pernicioso influjo que ejercía sobre Priestley la falsa teoría del flogisto. El aumento de peso que adquieren los metales cuando se oxidan no era el resultado de la fijación de un cuerpo, sino la pérdida del flogisto, que, unido al metal, le daba una densidad negativa, y por consiguiente la electricidad no podía poner en libertad sino un cuerpo ponderable, que era el aire fijo. Priestley tuvo en su mano una preciosidad que despreció, del mismo modo que desprecia una persona inculta un bello objeto de arte cuyo mérito no conoce.

Al fin, un año después, en 1774, volvió á aislar el oxígeno, que ya reconoció como un aire especial, descubrimiento que hizo el 1.º de Agosto, día memorable en los fastos de la ciencia, descomponiendo por medio de una lente el óxido rojo de mercurio, cuyo experimento repitió después con este mismo óxido de diversas procedencias para cerciorarse más y más, y también con el minio. Convencióse que era un aire especial, después de haber reconocido en él que servía para la combustión y para la respiración, y además observó que su densidad era un poco mayor que la del aire. Hecha la observación de que el nuevo gas era muy apto para la respiración, ensayóle nuevamente introduciendo un ratón en una atmósfera de él; inundo animal de que Priestley se servía para estos experimentos: él mismo se sometió á estos ensayos, y, vistos los buenos efectos, le recomendó para el uso médico.

¿Quién no admira en Priestley su talento investigador? Pero llama la atención que un hombre tan singular apenas deducía cosa alguna razonable de

sus numerosos descubrimientos. Para él el oxígeno no era más que una nueva especie del género aire. ¿Por qué no repetiría cuando hizo el descubrimiento del oxígeno, para él ya definitivo, lo que dijo cuando obtuvo el gas impuro descomponiendo el nitro, que en manos hábiles podría conducir este gas á descubrimientos de consideracion? Muy léjos está de mí la idea de rebajar en nada el mérito de tan incansable como ilustre observador; mas séame permitido decir, que el descubrimiento del oxígeno, quizá el más grande que hasta entónces se habia hecho y áun despues, en sus manos hubiera sido estéril: preocupado como siempre lo estuvo por una falsa teoría, era imposible que alcanzase la gloria reservada para quien iba á resolver los problemas más arduos de la ciencia.

Muchas eran las adquisiciones hechas por la ciencia con los descubrimientos de Brandt, Croustedt, Scheele, Bergmann y Priestley, á los que, entre otros muchos, hay que añadir el del nitrógeno, por Rutherfordt; el del molibdeno, por Hielm; y el del bismuto, por Dufay y Stahl. Aprendióse en este tiempo á forjar el platino, que poco ántes, tal como se le halla en la naturaleza, habia sido descrito detalladamente por el distinguido matemático y oficial de la marina militar D. Antonio de Ulloa, y á beneficiar el zinc que se importaba de la China. De algun otro cuerpo, como el hidrógeno, se tenía escaso conocimiento, hasta que Cavendish dió á conocer sus principales propiedades; y el telurio, cuerpo elemental que habia descubierto Muller de Reichenstein, se confundia con el antimonio; pero el distinguido químico prusiano Klaproth señaló algunos años despues las diferencias. El número de cuerpos compuestos era ya prodigioso; mas todo esto era insuficiente para constituir la ciencia, porque se carecia de los conocimientos analíticos, indispensables para poder deducir las leyes necesarias.

RAFAEL SAEZ PALACIOS,

Decano de la facultad de Farmacia,
de la Universidad de Madrid.

(Concluirá.)

CONSIDERACIONES HIGIÉNICAS

RELATIVAS Á LOS VESTIDOS.

Las bruscas impresiones producidas por los cambios atmosféricos, al propio tiempo que la decencia y el pudor, hicieron los vestidos indispensables desde los tiempos primitivos de la creacion.

Los tres reinos de la naturaleza suministran sustancias para la fabricacion de vestidos, por más que del reino mineral solo se utilice el asbesto (silicato

magnésico cálcico con óxido férrico). Un aislador entre la temperatura propia del cuerpo y la temperatura exterior, ya reteniendo cierta cantidad de calórico que aquel produce, ó defendiendo de la temperatura exterior: hé aquí la mision de los vestidos.

Las sustancias vegetales y animales son las que de ordinario se emplean con este objeto. Cáñamo, lino, algodón, paja, seda, lana, el pelo y la piel entera de algunos animales se emplean como vestidos, y su poder conductor es en el orden siguiente: lino, algodón, seda y lana. Por consiguiente, los objetos de lana serán de mucho más abrigo que los de seda, y estos más que los de algodón y lino. Tambien sucede que las sustancias cuyo tejido es flojo, son de más abrigo, puesto que el aire interpuesto entre sus numerosos poros, como cuerpo mal conductor del calórico, impide que cambie la temperatura interior.

Los tejidos de hilo y cáñamo, como cuerpos buenos conductores, se usan en las estaciones calurosas y en los países intertropicales, porque no retienen la temperatura interior.

El color de los vestidos tiene tambien influencia en sus condiciones higiénicas. Franklin y Davy practicaron trabajos muy curiosos relativos á este asunto; pero á quien se deben investigaciones más precisas sobre el particular y de más inmediatas aplicaciones es á Stark. Segun este autor, para hacer subir de 10 á 70° el líquido de un termómetro, cuya esfera estaba rodeada de lana negra, ha necesitado cuatro minutos quince segundos; la lana verde cinco minutos; la lana escarlata cinco minutos treinta segundos; la lana blanca ocho minutos. De todo lo cual se deduce que los trajes de lana blanca hechos con tela ligera y que contenga mucho aire en sus mallas, son los peores conductores del calórico, y por consiguiente los que aíslan mejor el cuerpo de los agentes exteriores. Son los más á propósito para trajes de invierno.

Al propio tiempo, el uso metódico de la lana directamente sobre la piel, puede llenar en casos dados preciosas indicaciones terapéuticas, como sucede en los reumatismos, algunas neuralgias, la gota y afecciones del aparato urinario, pero no es conveniente acostumbrarse sin motivo al uso de la lana, pues el menor descuido en su empleo acarrea gravísimos males. Al propio tiempo, los trajes de lana exigen gran cuidado en su limpieza, porque retienen de un modo tenaz todas las sustancias miasmáticas, á la par que son muy higrométricos, ó sea que absorben fácilmente la humedad, circunstancia que jamás debe olvidarse al hacer uso de ellos.

La edad y el sexo modifican notablemente el empleo de los vestidos. El niño recién nacido es incapaz de resistir los descensos bruscos de tempera-

tura; así es que necesita un abrigo prudencial; pero nunca debe hacerse uso de vestidos estrechos que obligan á los órganos á permanecer casi sin movimiento é impiden el desarrollo del tórax y abdomen. A medida que el niño avanza en edad, resiste más fácilmente los cambios atmosféricos, y por eso es conveniente entónces el uso de vestidos más ligeros que al propio tiempo no les impidan los movimientos que ejecutan, propios de los juegos á que se entregan, naturales de la edad.

Los vestidos del adulto deben estar en armonía con sus sensaciones y trabajos especiales. El que sus ocupaciones consisten en hallarse expuesto al frío y á la humedad, no usará iguales trajes que el que trabaja en hornos de forja, siempre colocado bajo la influencia de altas temperaturas.

La ancianidad tiene en este concepto algunos puntos de semejanza con la niñez: son los ancianos vivamente impresionados por las variaciones de temperatura, por lo cual necesitan trajes de algun abrigo.

También el sexo modifica profundamente la necesidad de los vestidos, partiendo siempre de la idea que la mujer tiene ménos resistencia al frío que el hombre.

Una de las circunstancias que también deben tenerse presente en los vestidos, es que estén bien teñidos, pues han ocurrido accidentes desgraciados por absorción de las materias tintóreas que se desprendían de los trajes.

La forma de los trajes tiene también alguna importancia: los anchos dispersan el calórico, mientras que los estrechos le conservan. Desgraciadamente, la caprichosa moda, única autoridad á que se atiende en este asunto, suele estar reñida muchas veces, no solamente con las leyes del buen gusto, sino también con los sanos preceptos higiénicos.

La cabeza, que los antiguos generalmente llevaban descubierta, pues los griegos y romanos no se la cubrían sino en circunstancias excepcionales, se abriga con el sombrero ó gorra de formas variadísimas, según los países y estaciones. El sombrero, de nombre impropio, puesto que no da sombra, tiene el inconveniente de producir abundante traspiración que fácilmente se suprime en un momento dado, sólo por descubrirse rápidamente en la calle, en un sitio frío, etc.; costumbre que han impuesto con inflexible rigidez las leyes sociales, más imperiosas que los decretos más despóticos. Los medios de remediar estos inconvenientes serán: procurar que los sombreros sean lo más ligeros posibles, que tengan orificios para procurar la traspiración y alas anchas con objeto de que proyecten sombra y libren de los rayos de luz difusa.

Los ancianos deben cuidar proteger su cabeza de un modo más eficaz, sobre todo si han perdido

su cabellera, para preservarse de las cefalalgias, ó sea intensísimos dolores de cabeza, de las corizas crónicas, de las neuralgias dentarias y también de las oftalmías rebeldes. Con este objeto se emplean las pelucas, que llenan perfectamente su cometido, y bajo ese concepto no debiera jamás herir el filo del ridículo á los que las emplean, cuando sólo se proponen conservar su salud, pero no borrar los estragos del tiempo, siempre imposible de conseguir.

El abrigo del cuello lo constituye la corbata, cuyo uso comienza en los albores del siglo XVIII. Algunos habitantes de los países cálidos no han adoptado esta costumbre, tan molesta para ellos. El hábito de cubrir el cuello, hace esta parte en extremo impresionable y fácil para contraer al menor descuido inflamaciones en la faringe ó laringe, ó de los ganglios del cuello. Las corbatas demasiado rígidas contribuyen, por la compresión que producen, á determinar congestiones ó hemorragias cerebrales. Así es que las condiciones que debe reunir esta prenda de vestido son la ligereza y el abrigo.

La camisa es la principal de todas las prendas de ropa blanca que se usan. Su forma ha variado y diariamente está cambiando, lo cual obedece, como hemos dicho, á los volubles caprichos de la moda. Dice el Dr. Monlau, con gran razón, que el uso de la camisa, tan unánimemente adoptado por los pueblos modernos, ha sido la causa de la desaparición de la lepra y no escaso número de enfermedades cutáneas, tan repugnantes y tan difíciles de combatir. De algodón ó hilo es de lo que generalmente se construyen, no siendo conveniente la lana á los jóvenes ni á las personas que tengan irritabilidad extraordinaria en la piel. Como que va inmediatamente en contacto con ésta, reclama extraordinaria limpieza, por lo cual debe cambiarse dos ó tres veces por semana, sobre todo en verano, que la abundancia de la traspiración acumula mayor número de causas que producen su falta de limpieza.

El sexo femenino hace uso de lo que se conoce con el nombre de cotilla ó corsé. Nada más contrario á las conveniencias higiénicas. Comprimen las costillas y dificultan la respiración, porque impiden la conveniente dilatación de los pulmones, de lo cual proceden la tisis y aneurismas, que tantas existencias siegan en flor, de muchas jóvenes que, obedeciendo á las leyes de la elegancia, tienen en poco las leyes de la fisiología, inexorables en sus penas y sin apelación en sus terribles fallos. Naturalistas, médicos, filósofos, escritores notables en ramos diferentes del saber humano han anatematizado el uso de una prenda que tanto contraria la organización, produciendo un cono con el vértice invertido según la naturaleza le presenta, pues precisamente la parte inferior es la base de la cavidad torácica, ó sea

lo más ancho, y el corsé produce su presión en ese sitio, dando por resultado la disminución del diámetro inferior. Pero ya que sea imposible desterrarle, debe procurarse que su empleo sea lo menos prematuro posible, esperando que los músculos torácicos se hayan desarrollado suficientemente y que las ballenas ó barillas sean muy flexibles, para acomodarse perfectamente á la forma del cuerpo y á fin de que se presten á la multitud de movimientos del tórax y abdomen.

Hay además fajas, pantalones, chaleco, levita, etcétera, prendas todas ellas que varían según las estaciones, posición social del que las usa, etc.; pero han de reunir las condiciones generales de todos los vestidos, es decir, abrigo en relación con la temperatura ambiente y ni demasiado ceñidos al cuerpo, ni tampoco excesivamente flojos.

En la estación fría, sobre todo en las épocas de mayor rigor, se usa también la capa, cuyas variantes han tomado las denominaciones de capote, carrik, manteo, valona, etc. Es generalmente de paño, y aún cuando dificulta algún tanto la progresión, es de bastante abrigo, pues forma en derredor del individuo una atmósfera de difícil renovación, y de aquí que sean tan usadas.

Las extremidades inferiores están protegidas por las medias y el calzado, siendo las primeras muy convenientes, porque además del abrigo tan útil en los pies, sirven para proteger estos órganos de la rudeza del calzado. Este es el que completa la vestidura de las extremidades inferiores, y está destinado á librar los pies de las influencias externas, evitar los choques, sostener el peso del cuerpo y facilitar la marcha, que de otro modo sería tan penosa, sobre todo por ciertos terrenos. El calzado debe reunir las condiciones de solidez, al propio tiempo que la necesaria flexibilidad, con objeto de que pueda, sin producir rozaduras, adaptarse á las irregularidades del pie. También en el caso presente, lo que se ha llamado elegancia y moda está en abierta pugna con la higiene, pues al paso que la ciencia recomienda la mayor holgura y comodidad, la moda exige pie pequeño y hace consistir la belleza en su diminuto tamaño, por lo cual no es raro ver, sobre todo en las señoras, gran número de dolencias de los pies, producidas por ellas mismas, que han querido martirizarse en voluntario tormento, por una insignificante disminución del volumen de unos órganos que no por ser más pequeños ciertamente han de embellecer el rostro de quien no ha recibido de la naturaleza el don de la hermosura.

Las profesiones tienen notabilísima influencia en la índole de los vestidos, así como la estación, el país, las costumbres sociales y el estado de salud; pero puede generalizarse diciendo que en todo caso es indispensable una esmerada limpieza; que la ropa

interior sea blanca ó de colores claros; que los vestidos mojados deben separarse del cuerpo inmediatamente, sin dar lugar á que se sequen sobre el mismo, y que siempre que sea posible debe evitarse el usar ropas que otras personas hayan llevado, sobre todo si han de ir adheridas á la piel, pues los tejidos son los que retienen de un modo más tenaz las miasmas.

Tal es, en resumen, lo que la higiene tiene que advertir respecto á los vestidos, que muchas veces no está conforme con las exigencias sociales; pero nosotros solo queremos hablar con el lenguaje de la ciencia, y desoímos todo lo que del mismo se aparta.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

AMOR Y AMOR PROPIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.—Sobre una mesa una maquinilla de hacer café, con el espíritu de vino encendido: al lado un servicio de tres tazas.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.—ENRIQUE.—FERNANDO.

(Al levantarse el telón, Clara está acabando de tocar al piano el *Adios* de Schubert.—Al concluir, queda sentada en el banquillo, mirando al público.—Enrique y Fernando sentados al lado del velador, cerca del proscenio.)

FERNANDO. (Cuando ha acabado de tocar). ¡Sublime!

ENRIQUE. ¡Magnífico!

FERNANDO. ¡Encantador!

CLARA. Con tantos elogios van ustedes á hacerme creer que soy una profesora...

FERNANDO. De profesores. Gracia, sentimiento, ejecución: admirable conjunto que realza la armoniosa poesía de ese pequeño número de notas que encierran todo un poema de aflicción! Si la melodía no hubiera existido, Schubert la hubiera inventado: su *Adios*, sentido como la ausencia, sólo con ella se comprende.

ENRIQUE. Muchos defectos te conocía; pero nunca me imaginara que te hubieses hecho poeta.

FERNANDO. ¿Poeta yo?... ¡Dios me libre!

CLARA. ¿Tanto horror le tiene usted?...

FERNANDO. ¿A la poesía? Desde muy antiguo somos irreconciliables enemigos. La poesía es el bello ideal de los tontos...

ENRIQUE. Y tú eres demasiado discreto; comprendido.

FERNANDO. Errata: donde dice «discreto», léase «modesto.» ¿No es así?

ENRIQUE. *Tú dixisti.*



CLARA. No, Fernando: el hombre y la mujer, desde que nacen, son poetas sin saberlo... Obras, y las más perfectas de la naturaleza, no pueden estar exentas de ese purísimo sentimiento, alma del mundo, que se refleja en todas sus concepciones: el corazón encierra un inmenso raudal, que insensiblemente se desborda cuando nuestros sentidos le trasladan una agradable impresión, dotada también de ese suave sentimiento. Schubert, al componer su *Adios*, dejó que el corazón guiara al pensamiento: ¿qué extraño es que vuelva al corazón lo que de él ha salido?

ENRIQUE. ¿Eh? ¿Qué tal?

FERNANDO. ¡Admirable! Con tan elocuente sacerdotisa, ¿cómo no rendir culto á tan sublime diosa? ¡Qué mujer, chico, qué mujer... me la comería!

ENRIQUE. ¡Por fortuna has almorzado ya!

FERNANDO. ¡Picarón!

CLARA. (Levantándose.) Si les parece á ustedes, podemos descender de lo sublime á lo prosaico: el café debe estar ya más que hecho, y...

FERNANDO. Tiene usted razón. (Cantando final *Norma*.) Sublime Moka...

ENRIQUE. Final de *Norma*.

FERNANDO. ¡Permíteme!... Ahora es de almuerzo.

ENRIQUE. ¡Es verdad! (Ofreciéndole cigarros.) ¿Cabañas ó Londres?

FERNANDO. (Sacando él de su petaca.) Trabuco... es lo que está más de moda.

ENRIQUE. (Toma un cigarro.—Á Clara, que le sirve el café.) Poco cargado.

FERNANDO. ¿POCO?... (Encendiendo el cigarro.) ¡Hasta la boca!

ENRIQUE. No, hombre... me refería al café.

FERNANDO. ¡Ah! Creí...

CLARA. Quizá (Sirviéndole.) no le guste á usted...

FERNANDO. ¡Al contrario! Como hace tanto tiempo que no lo tomo, así y todo, me sabrá á gloria.

ENRIQUE. ¿Qué? ¿Te lo han prohibido los médicos?

FERNANDO. No; pero estoy condenado á no tomar más que té: en cambio, tengo el consuelo de que no lo tomo más que á todas las horas del día.

ENRIQUE. *English fashion*.

FERNANDO. *Ecco il motivo*. Gracias á las gracias, conozco todos los tés habidos y por haber, desde el té perla hasta el...

CLARA. (Riendo.) ¡Té amo!

FERNANDO. ¡Te veo!

CLARA. Consecuencia, sin duda, de su pasión por la inglesa.

FERNANDO. ¿Cómo? ¿Usted sabe?...

ENRIQUE. Te diré...

CLARA. Sí, Enrique me ha dicho que una cierta lady Prestly...

FERNANDO. ¡Hombre, por Dios!

CLARA. Entre nosotros no hay secretos: además, ¿no

nos amamos nosotros? ¿Qué tiene de particular que se amen ustedes?

ENRIQUE. (¿Eh?) (Sorpresa.)

FERNANDO. Sí... la verdad es que... pero, ¿qué quiere usted? la falta de costumbre... (¡ayúdame, hombre!)

CLARA. (Sentándose—Enrique queda en el centro.) Y, á todo esto, no nos ha contado usted ninguna de sus aventuras en el Nuevo-Mundo.

ENRIQUE. ¡Clara!

FERNANDO. Señora...

CLARA. ¡Vamos! Veo que pezo de indiscreta: siendo así, anulo mi pregunta.

FERNANDO. ¡Oh! De ninguna manera.

CLARA. Entónces...

ENRIQUE. Pero, hija, ¿no comprendes?

FERNANDO. Ya ve usted...

ENRIQUE. ¡Claro! Tendrá sus razones...

FERNANDO. ¡No! Únicamente la modestia.

CLARA. (Con ironía.) ¡Ah! Si no es más que eso...

ENRIQUE. Pero...

FERNANDO. ¡Déjala, hombre, déjala!

ENRIQUE. (¡Nada: se empeñó!)

CLARA. Yo tengo el defecto de ser muy *curiosa* (recalcando y mirando á Enrique) y desearía saber...

FERNANDO. ¿La historia de mis amores con lady Prestly?

CLARA. Precisamente.

ENRIQUE. (¡Claro! Lo que él estaba deseando.) Pero, hija, tú no consideras que estará cansado, y que es una imprudencia...

FERNANDO. ¡No lo crea usted... todo lo contrario! El almuerzo me ha restaurado por completo, y, gracias á él, me encuentro fuerte y ágil.

ENRIQUE. (¡Lástima de narcótico!) Entónces...

FERNANDO. Empezaré.

CLARA. Soy toda oídos.

ENRIQUE. (¡Por Dios, Fernando!) (Con temor.)

FERNANDO. (¡Descuida!) Lady Prestly es una de esas mujeres que son bonitas sin saberlo.

ENRIQUE. ¡Calle!

FERNANDO. Si, no es coqueta.

ENRIQUE. Eso es otra cosa.

CLARA. ¡Comprendo!

FERNANDO. ¡Su marido es un imbécil, como lo son todos los maridos!

ENRIQUE. ¡Hombre, por Dios! (Con enojo.)

CLARA. Tiene razón.

ENRIQUE. (¡También ella!)

FERNANDO. Su casamiento es de lo más original que se conoce. A consecuencia de una borrachera, no pudiendo su jockey montar uno de sus caballos en unas carreras en New-York, ocupó él su lugar. Partieron, y tales trazas se dió, que pocos momentos despues su caballo había adelantado á los demas cuatro ó cinco cuerpos: cerca del punto

de llegada, y cuando más seguro estaba de su triunfo, ve en un palco del hipódromo á la que hoy es su mujer, y que entónces no conocia... Admirale su excesiva belleza, y ¿qué hace? Sin cuidarse de concluir su carrera, salta del caballo, se dirige precipitadamente al palco de la linda espectadora, se hace presentar á ella—no crean ustedes, en traje de jockey!—pide su mano, y á los pocos días ¡paff! ¡se casó con ella!

ENRIQUE. ¿En traje de jockey?

FERNANDO. ¡Supongo que no!

CLARA. ¡Vaya una pasion!

FERNANDO. Hípica.

ENRIQUE. Cuidado que se necesitan agallas...

FERNANDO. ¡Oh! ¡Las tiene de sobra!

CLARA. ¿Y usted... se enamoró de ella tambien?

FERNANDO. ¡No! ¡Yo, como dicen los novelistas, la ví y la amé!

ENRIQUE. ¡Méno ajeteo!

FERNANDO. Se lo dije, y me envié á paseo. Insistí, y se lo dijo al marido; éste, entónces, con una calma digna de mejor empleo, me suplicó desistiese de mi empresa.

ENRIQUE. ¿Y tú?

FERNANDO. Con efecto: volví á la carga.

ENRIQUE. ¡Bravo!

CLARA. ¡Se comprende!

ENRIQUE. (¿Eh?)

FERNANDO. Cambié, sin embargo, mis baterías, haciendo creer una inmensa pasion por miss Ketty.

CLARA. Su hermana.

FERNANDO. Precisamente. Una viudita jóven, y por consiguiente bonita.

ENRIQUE. ¿Por consiguiente?

FERNANDO. ¡Cierto! De no ser jóven y bonita no hubiera sido viuda. Esta vez, mi pasion fué acogida con entusiasmo, especialmente por Ketty, que, segun me dijo, me amaba ya...

ENRIQUE. ¿En secreto?

CLARA. Eso es de *ene*.

FERNANDO. Desde entónces, sin riesgo moral, pude entrar en aquella casa, y disponer mi plan sobre el terreno.

ENRIQUE. ¡Magnífico!

FERNANDO. Lo que habia previsto, llegó á suceder. Aurora—lady Prestly—al ver mi entusiasmo por su hermana, sintió—amor propio de mujer—no ser ella el objeto de mi adoracion, y pronto dejó conocer el arrepentimiento de su conducta respecto á mí.

CLARA. ¿Se lo dijo á usted?

ENRIQUE. No, hija; esas cosas se callan.

FERNANDO. Pero se conocen á la legua.

CLARA. (¡Fatuó!)

FERNANDO. Convencido ya de mi próximo triunfo, y resuelto á llevarle á efecto, pretexté secretas con-

fidencias relativas á mi amor para su hermana, y obtuve de mi desdeñosa una entrevista á solas, aprovechando discretamente una casual ausencia del marido.

ENRIQUE. ¡Sublime!

CLARA. ¡Admirable combinacion!

ENRIQUE. (¡Otra vez!) (Observando á Clara.)

FERNANDO. Envuelto en mi gaban, y en las oscuras sombras de la noche,—¡una de Enero, á las doce, calcula!—me dirigí palpitante de emocion á aquella casa, para mi templo de felicidad. Sin ser visto de nadie, me introduje hasta su gabinete...

ENRIQUE. Comprendido, si, y se adivina el desenlace... Llegué, ví y...

FERNANDO. (Naturalidad.) Fui á dormir al cuerpo de guardia inmediato...

ENRIQUE. ¿Qué?

CLARA. (¡Ah!)

FERNANDO. Entre ocho ó diez ciudadanos de la peor especie.

ENRIQUE. ¿Pero cómo?

FERNANDO. Sencillamente. Mientras yo entraba por un lado, codicioso del amor de lady Prestly, unos miserables, introduciéndose sigilosamente en el despacho del noble lord, atentaban á sus riquezas. Desgraciadamente fueron descubiertos, y á las voces de alarma que daban los criados tuve que huir, saltando por el balcon. Por un instante creíme seguro; pero ¡qué diablos! dos *policemen* presenciaron mi evasion, y en tanto que los otros consiguieron escaparse, yo, que quieras que no, tuve que seguirles como si hubiera sido un ladron.

CLARA. (¡Más que ladron!)

ENRIQUE. ¡Qué infamia!

CLARA. (¡La Providencia!)

ENRIQUE. ¿Y cómo pudiste...?

FERNANDO. ¿Recobrar mi libertad? Gracias á miss Ketty, que enterada por su hermana del motivo de mi estancia en su gabinete á aquella hora, viendo que las circunstancias conspiraban horriblemente en contra mia, y deseando salvarme aun á costa de su honra, no vaciló en declarar que yo habia permanecido á su lado durante toda la noche, siendo por lo tanto inocente en el robo de que se me acusaba.

CLARA. (¡Qué abnegacion!)

ENRIQUE. ¡Admirable! ¡Esa mujer vale un mundo!

FERNANDO. ¡Qué! A no ser por lo bien que la habia sabido engañar, á estas horas ¿quién sabe?

CLARA. (¡Increible parece que se pueda querer tanto á un monstruo así!)

ENRIQUE. ¿Y lord Prestly?

FERNANDO. Completamente indiferente hácia nosotros dos; pero consecuencia inmediata de esa especie de golpe de Estado, ha sido nuestra sali-

da de New-York; curiosidad excitada por mi nuestra venida á España, y residencia futura...

ENRIQUE. San Petersburgo. ¡Bonito país!

CLARA. ¿Y cuándo es la marcha?

FERNANDO. Presumo que muy pronto. El *spleen* ha empezado á apoderarse de *mi marido*, y temo que de un día á otro... por eso no he querido retardar á ustedes mi visita.

ENRIQUE. La cual te agradecemos...

CLARA. Infinito.

FERNANDO. ¿Y ustedes?

ENRIQUE. Vegetando, chico; vegetando en este pueblo desde hace cerca de un año.

FERNANDO. ¡Un año! Será muy bonito.

CLARA. ¡Ya lo creo!

ENRIQUE. Catorce casas con su alcalde, un campanario y diez y siete molinos.

FERNANDO. ¡Cáspita, qué lujo! Será digno de verse.

CLARA. ¡Sí, sí!

ENRIQUE. Si te parece, daremos una vuelta por ahí... Verás cómo no te engaño.

FERNANDO. Acepto, si Clara nos lo permite.

CLARA. Por mi, permitido.

ENRIQUE. Entónces voy á arreglarme un poco, y al momento soy contigo... Hasta luégo.

FERNANDO. Hasta luégo. (Mutis, Enrique.)

CLARA. (¡Se va! ¡Adelante con mi plan, y que Dios me ayude!)

(En el momento en que desaparece Enrique, Clara toma del velador los objetos de bordar que habrá en él, y se sienta á hacer labor. Fernando mira primero á Enrique, y luego á Clara, y hace un gesto de compasion.)

ESCENA II.

CLARA.—FERNANDO.

FERNANDO. (Nos deja solos... síntomas de marido!)

CLARA. (¡Yo sabré la verdad! ¡Mi honra lo exige!)

FERNANDO. (Mirando á Clara.) (¡Es un tesoro!... Siempre ha tenido suerte ese condenado Enrique.)

CLARA. (Observando á Fernando.) (¡Qué miradas! ¡Resolución! Es un fatuo, y habrá de decirlo todo.)

FERNANDO. (Me mira de reojo... ¡Bravo!)

CLARA. (Duda... Ya es mio.)

FERNANDO. (¡Pobre Enrique!) (Se acerca al sitio donde está Clara, y mira el bordado.)

CLARA. (Inspíreme el cielo!) (Coqueteria.) ¿Le gusta á usted? (Enseñando el bordado.)

FERNANDO. ¿Qué? ¿La mano? Mucho.

CLARA. No. La inicial.

FERNANDO. Una y otra son lindísimas.

CLARA. Permitame usted que rechace la primera apreciacion, y admita solo la segunda.

FERNANDO. ¡Imposible! Tanto más, cuanto que la una es consecuencia de la otra. Sólo una mano encantadora puede producir...

CLARA. Digna es, en efecto, de elogio la mano que

trazó tan bonitos rasgos; pero eso de llamarla encantadora, me parece algo arriesgado.

FERNANDO. ¿Por qué? Lo que está á la vista...

CLARA. No soy yo su autora; es...

FERNANDO. ¿Quién?

CLARA. (Con volubilidad.) Mi dibujante.

FERNANDO. (Corrido.) (¡Me aplastó!)

CLARA. Ya ve usted...

FERNANDO. Si; pero eso no es razon para que la mano que ahora la reproduce sea un modelo de belleza.

CLARA. (Despues de una pausa, y como violentándose en extremo.) Eso ya es diferente.

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Eh?

CLARA. (Él mismo se asusta... ¡Y esto es un Tenorio!)

FERNANDO. (Parece que no le desagrada...)

CLARA. ¿Decía usted?

FERNANDO. No, nada; me limitaba únicamente á observar...

CLARA. ¿Qué?

FERNANDO. Que el adjetivo aplicado á su mano es adaptable tambien al resto de su cuerpo.

CLARA. Exceso de galanteria.

FERNANDO. No, de veracidad. Hace tiempo que dejé de ser galante para no ocuparme más que en decir la verdad. Por otra parte, la galanteria en New-York es un artículo inexplorable, razon por la cual apenas se hace uso de ella; y ya ve usted, aunque sólo fuera la falta de costumbre...

CLARA. ¡Tiene gracia! (¡Miserable!)

FERNANDO. (Se sonríe... ¡Adelante!) (Abandonándose insensiblemente.) Siendo únicamente imparcial, es como puedo observar la delicadeza de su perfil, superior al de la mejor escultura griega; su cabello, negro como una esperanza desvanecida, y bello como esa misma esperanza realizada; sus ojos ardientes, como una pasion correspondida...

CLARA. (Avergonzada.) (¡Oh!)

FERNANDO. (Observándola mucho.) (¡Qué mirada!)

CLARA. (Dominándose.) Prosiga usted...

FERNANDO. (¡Qué diablos de mujer es esta?)

CLARA. ¿Cesó ya su inspiracion?

FERNANDO. No; pero ¿qué he de decir de su talle, que en lo sutil rivaliza con la ligereza? ¿Qué he de decir de su pié pequeño y divino como un tema de Cimarsa? ¿Qué?...

CLARA. No, nada más. No creo que pretenda usted inventariar todo mi cuerpo.

FERNANDO. Si fuera posible... posible que comprendiera usted el irresistible encanto que produce en mí su belleza, no tomaria á broma el que mi acento refleje el estado de mi corazon; no dudaría... (Pero ¿qué diablos estoy diciendo?... Si esta no es una declaracion en regla...)

CLARA. (¡Cualquiera diria que se habia arrepentido!... ¡Cómo si eso pudiera tener conciencia!)

FERNANDO. (¿Y cómo contenerme? Nada, es necesario cumplir como buen amigo, y... ¡si al menos fuese su mujer!) (Estudie mucho el actor la manera de decir esta última frase, por ser muy importante, en opinion de los autores, para el éxito de la obra.)

CLARA. (Desistirá? ¡No lo creo!)

FERNANDO. (¡Y Enrique sin volver todavía! También es imprudente tardar tanto, conociéndome como me conoce.)

CLARA. (Yo le haré continuar, excitando su amor propio.) ¿Fernando? (Desde este momento, hasta el final de la escena, Clara debe dar á conocer al público la violencia que hace á sus nobles sentimientos, para arrancar á Fernando la confesion de su falso amor por medio del fingimiento.)

FERNANDO. ¿Clara?

CLARA. ¿Sabé usted que me ocurre una reflexion?

FERNANDO. ¿Cuál?

CLARA. Le hace á usted poco favor; pero quiero serle franca.

FERNANDO. ¿Dé verás?

CLARA. Le considero á usted un buen amigo, porque basta serlo de (acentuando mucho la frase) *ese* para serlo también mio; y si he de decirle la verdad, al leer su carta...

FERNANDO. (Sorprendido.) ¿Cómo? ¿usted?...

CLARA. ¡Sí!... yo leo toda la correspondencia de Enrique. Al leer su carta, repito, formé de usted un juicio muy diferente del que en realidad merece.

FERNANDO. ¿Es posible?

CLARA. (¡Necio!) Sí: yo le hacia á usted un seductor modelo, y á juzgar por... por la timidez de sus frases, me convenzo de que lo es usted; pero... pero muy vulgar.

FERNANDO. ¿Cómo?

CLARA. No debiera usted ignorar que á la mujer le agrada, sobre todo, la originalidad. Aprovecho, pues, mi consejo, y creo que quien se lo dicta es quizás su mejor amiga.

FERNANDO. (¡O es que se burla ó es que me reta!)

CLARA. El corazon de la mujer—de la que lo tiene—(Dios me perdone) es una caja cerrada, y llena de afectos encontrados, que pueden calificarse en dos especies: los que aspiran al bien y los que tienden al mal. Ama por la primera vez de su vida, y lo que en poesia se dice abrir el corazon al amor, en la vida real puede llamarse... abrir la caja á los cuatro vientos. Los primeros afectos, los que tienden al bien, por ser tales, son los menos y los más pequeños, razon por la cual aparecen en la superficie, de donde son muy pronto arrojados por el viento de las pasiones, á menos que, contenidos por la prudencia, les haga ésta tomar cuerpo y desalojar á su vez á los otros. Este caso es muy raro. Siguiendo el primero, una vez desprovista de los buenos afectos—que siem-

pre desaparecen con el primer amor—la cuestion, en lo sucesivo, se reduce á fomentar y halagar los restantes. Esto es lo que al hombre toca hacer; pero, para lograrlo, debe primero enterarse del estado actual del corazon que trate de interesar... esto es... si conserva aún la superficie, ó si lo único que le queda es el fondo!

FERNANDO. (Entusiasmado) ¡Brillante teoría sobre el amor!

CLARA. (Mucha intencion.) No, sobre el amor no; sobre la seduccion.

FERNANDO. Cuestion de nombres que no importan al hecho.

CLARA. Ciertamente; pero convengamos, Fernando, en que si yo hubiese nacido hombre, sería ó hubiese llegado á ser un seductor...

FERNANDO. ¡Oh! ¡De *première force!*... No cabe duda... (¡Esto es obligarme! Y ese maldito de co-ocer sin venir! ¡Eh! ¡Qué diablos! Él se tiene la culpa... yo me decido...)

CLARA. (¿Caerá en el lazo?...) ¡Oh! ¡Qué idea!

FERNANDO. (La verdad es que, despues de todo, es ella la que me incita!)

CLARA. (¡Debo esperarlo de su fatuidad!)

FERNANDO. (¿Cómo conoceria yo si esta mujer conserva todavía algo de superficie?... ¡Oh! ¡Qué idea!)

CLARA. Parece que mi teoría le ha hecho reflexionar.

FERNANDO. Ciertamente, y ella me prueba una vez más lo estrambótico del corazon de la mujer... por lo tanto, lo difícil que es al hombre su perfecto conocimiento, y, más aún, lo sensible de su ineptitud.

CLARA. ¿Sensible?

FERNANDO. ¿Cómo no? Supongamos—lo que quizá no sea suposicion—que yo la adore á usted.

CLARA. (Con dignidad) ¡Fernando! Semejantes palabras...

FERNANDO. ¡No! Ya he dicho que tal vez sea una suposicion. Pues bien: adorándola, debo en primer lugar, segun su teoría, hacer un escrupuloso reconocimiento de su corazon.

CLARA. Precisamente. (¡Y es lo que ahora tratas de hacer!)

FERNANDO. De no conocerlo, debo desistir de mi pasion.

CLARA. Cierto.

FERNANDO. ¿Y cree usted posible que el cariño, más impetuoso cuanto es mayor, pueda friamente observar y estudiar el corazon de su objeto querido? ¿Cree usted que la grandeza de la pasion puede descender á la pequenez de los detalles? No, Clara. El amor que nace de una mirada, de una sonrisa, de una palabra, crece instantáneamente, y como un torrente sin cauce inunda cuanto trata de atajar su corriente: sentimientos

afecciones, vida, todo, y en vano la materia trata de reclamar nuestro espíritu... ¡La pasión nos dice que tenemos alma, así como el alma nos demuestra á Dios!

CLARA. ¿Cómo? ¿usted cree en Dios? ¿Filósofo también! ¡Vaya en gracia!

FERNANDO. Yo...

CLARA. ¡Já! ¡já! ¡já! Nunca lo hubiera imaginado.

FERNANDO. ¿Eh? (¡Perdió la superficie!)

CLARA. (Transición) (¡Dios no debe oirme!)

FERNANDO. (¡Ataquemos el fondo!) No, Clara; pero á veces esa especie de hipótesis contribuye á la belleza de las frases, y el fin justifica siempre los medios... pero ¿á qué fingir ya? Mútuamente nos conocemos, y ni usted es ya una niña...

CLARA. (¡Oh! ¡Qué vergüenza!)

FERNANDO. ¡Ni yo soy un novicio! Su manera de ser para conmigo, sus palabras, sus acciones, todo, en fin, me han demostrado hasta la más lisonjera evidencia que no le soy indiferente. Si el cariño de Enrique pudo unirla á él, que el mio...

CLARA. Basta, caballero, basta... (¡Horrible realidad!)

FERNANDO. ¿Qué puede oponerse á ello?

CLARA. (Sin poderse reprimir, al comprender la situación en que la ha colocado Enrique.) ¡¡¡Ah!!!

FERNANDO. ¿Qué? ¿Se siente usted mal?

CLARA. (¡Era verdad!) No... gracias... no ha sido nada...

FERNANDO. Pero...

CLARA. Al terminar mi obra... distraída sin duda...

FERNANDO. (Interés.) ¿Se ha clavado usted la aguja?

CLARA. (Amargura) (¡En el corazón!)

FERNANDO. (Acudiendo en su socorro.) Permítame usted...

CLARA. ¡No!... ¡no se moleste!

ENRIQUE. ¿He tardado mucho?

CLARA. ¡Enrique! (Clara con sentimiento. Fernando con sobresalto.)

ENRIQUE. (Observando á los dos.) ¿Eh? (¿Qué significa?...)

ESCENA III.

DICHOS.—ENRIQUE.

FERNANDO. (Recobra la calma.) (Fin del capítulo primero... Capítulo segundo: ¡el marido!)

ENRIQUE. (Con inquietud.) ¿Pero qué ha pasado?

CLARA. (Mirándole fijamente.) No es nada.

FERNANDO. Una de las consecuencias lógicas de ese pretexto de la honradez que se llama trabajo.

ENRIQUE. ¿Qué definición!

FERNANDO. Tanto más exacta, cuanto que quien la da no le conoce más que de vista. (A Clara.) ¿Duele aún?

CLARA. (Con entereza.) ¡No!

FERNANDO. Desengáñese usted, Clara. El trabajo es el ente moral más ingrato que se conoce: cuanto

más amigo se es de él, peor nos paga: yo por eso nunca he querido tratarle... (A Enrique, en tono de broma.) ¡Qué cara! Cualquiera diría que el pinchazo recibido por Clara te duele á tí.

ENRIQUE. (Intranquilo.) (¡No sé qué experimento!)

CLARA. (Angustiada.) (¡No se irán!)

FERNANDO. (¿Habrá sospechado éste?) (Ap. á Enrique.) ¿Hay escama?

ENRIQUE. ¿Eh?

FERNANDO. No, te lo pregunto, porque precisamente te tiene ahora tu fisonomía todo el aspecto de un marido... al natural en ciernes.

ENRIQUE. (Imponiéndose.) ¡Fernando!

FERNANDO. Vamos, veo que necesitas tomar el aire. Afortunadamente teneis aquí repuesto más que suficiente de molinos... Aunque no sé si tu esplin será superior á la fuerza combinada de los diez y siete.

ENRIQUE. ¡Siempre bromista!

FERNANDO. No, siempre hombre. Conque ¿andiamo?

ENRIQUE. (Sí, le confesaré la verdad!) Vamos.

FERNANDO. Hasta luego, Clara. (¡Principia mi papel!)

ENRIQUE. Hasta luego. (¡Perdon!) (Esta palabra en tono muy bajo, de modo que solo sea oída por Clara.)

CLARA. (En el colmo de la desesperación.) (¡Oh!) (Afectando tranquilidad.) ¿De qué?

ENRIQUE. (Con satisfacción.) (¡Ah!) ¡Vamos, Fernando! (¡Aun estoy á tiempo... no se sabe nada!)

ESCENA IV.

CLARA, sola.

Se fueron... Creí que nunca se marchaban... Era verdad... ¡Oh! Y yo le creí honrado, yo le creí... ¡Yo le creí cuando me dijo que su silencio se fundaba en respetos á la última voluntad de su padre! ¡Creer! Nunca hasta hoy me habia parecido absurda esa palabra... Siempre tuve el cariño por una afección santa... Ni lo es, ni puede serlo, desde el momento en que oculta la verdad. ¡Y aún se atreve á pedirme perdon! No contento con la infamia, recurre á la vileza... á la vileza, sí, porque nada es tan vil como proponer á la mujer, conociéndola, su propia deshonra! Hay delitos cuyo perdon es aún más culpable que el delito mismo. Sí, no debo vacilar... seguir viviendo á su lado es hacerme su cómplice, y no es razón que sea culpable á sabiendas la que únicamente lo ha sido por ignorancia. Le haré conocer mi resolución fundada en su conducta: de no decirle nada, sería capaz de crearme aún más culpable que él... Pero, ¿cómo decirle?... Si yo pudiera tener la esperanza de que Dios me diera fuerzas... ¡Imposible! El delito no puede acriminar al delito, y yo, que aún tengo la desdicha de quererle, no debo reconocerme por este hecho más delincuente que él. Le escribiré... hará la cabeza lo que no se

atreve á hacer el corazon. Por la primera vez de mi vida, aquella dominará á éste; por la primera vez mentirá la primera para salvar al segundo... ¡Dios mio! ¡Dios mio!... (Se sienta. Toma la pluma, que vuelve á dejar sobre la mesa.) No puedo... La pluma se resiste á estampar un perjurio... (Escribe.) ¡Concluyamos! El dominio del bien es muy limitado... ¡Ya está! Al firmar esta carta, compro mi virtud á costa de mi vida... Negocio del alma, en el que aún voy ganando dignidad... Sólo me falta ahora hacer llegar á su poder... ¿Cómo? ¡Dios me inspirará! Ni aún me queda el consuelo de poder enjugár mis lágrimas... Existe un dolor que yo no conocía aún... ¡el dolor que no llora! (Viendo entrar á Enrique.) ¡Él! ¡Fuerzas, Dios mio, fuerzas!

ESCENA V.

DICHA.—ENRIQUE.

(Enrique se detiene en el foro. Viene muy abatido, y trae una carta en la mano.)

ENRIQUE. (¡Apénas acierto á creerlo!)

CLARA. (¡Viene solo!)

ENRIQUE. (¡Arruinado!)

CLARA. (Observándole.) (¡Qué agitacion!)

ENRIQUE. (¡Bien claro lo dice esta carta!)

CLARA. (¡Parece sufrir!)

ENRIQUE. (¿Será la Providencia?... ¡Duro castigo!)

CLARA. (¿Debo olvidar su falta?... ¡Oh! ¡Nunca!)

ENRIQUE. (¡Jamás pude imaginar semejante infortunio!)

CLARA. (Al tomar mi resolucion, no tuve en cuenta que pudiera verle sufrir!)

ENRIQUE. (Necesito tomar una determinacion!)

CLARA. (¡No debo vacilar... Mi dignidad lo exige!)

ENRIQUE. (Ve á su mujer, y trata de dominarse sin conseguirlo.) (¡Ella!... Que no sospeche...)

CLARA. (Sí: lo sabrá... ¡es necesario!)

ENRIQUE. (¡Prudencia!)

CLARA. (¡Resolucion!)

ENRIQUE. (Acercándose á Clara.) ¿Estabas aquí?

CLARA. Ya lo ves... (¡su voz tiembla!)

ENRIQUE. (¡Cualquiera diria que su acento era inseguro!) Tan distraido venia al entrar que no reparé...

CLARA. Pronto habeis dado la vuelta.

ENRIQUE. No hemos salido.

CLARA. ¿Y bien?

ENRIQUE. Nada: un ligerillo dolor de cabeza...

CLARA. (Con cariño.) ¿Estás malo?

ENRIQUE. No, hija; no es nada, absolutamente nada; pero no teniendo verdadera necesidad, no he querido salir.

CLARA. (¡Algo trata de ocultarme!)

ENRIQUE. (¿Cómo alejarla de aquí?)

CLARA. (Intencion.) ¿Y Fernando?

ENRIQUE. En el jardin acabo de dejarlo.

CLARA. (Ironia.) ¡Qué buen amigo parece ser!

ENRIQUE. (En tono de reprension.) ¡Clara! ¿Por qué me hace daño esa frase?

CLARA. ¿Te disgusta que te hable de él?

ENRIQUE. No, no es eso; pero...

CLARA. ¡Ah! Vamos, comprendo; deseas estar solo.

ENRIQUE. ¡No, no lo creas!

CLARA. (Marcando mucho.) ¡Fuera descortesía el dejar solo á Fernando!

ENRIQUE. Mas...

CLARA. ¡Déjame una vez siquiera anticiparme á tus deseos... Adios!

ENRIQUE. ¡Clara!

CLARA. Si te pones peor... llámame.

ENRIQUE. Pero...

CLARA. ¿Me lo prometes, verdad? Adios, adios...

(Aquí la dejo... (Deja la carta sobre la mesa.) ¿La leerá? Hágase como Dios quiera, y Él tenga piedad de mí... y de él, que más la necesita! Adios... (Ni me ha oido... ¿Qué tendrá?)

ESCENA VI.

ENRIQUE, solo.

(Despues que ha salido Clara, Enrique se deja caer en un sillón.)

ENRIQUE. ¡Arruinado...! ¡Oh! Paréceme como que despierto de una tenaz pesadilla, y sin embargo, nada más cierto... (Leyendo.) «La casa Carvajal, Dionisio y compañía, acaba de presentarse en quiebra, ascendiendo su pasivo á una cantidad considerable. Espero instrucciones.» (Deja la carta sobre el velador.) He hecho bien en no dar á Clara tan infausta noticia: en su estado era de temer un nuevo infortunio. Pero, ¿qué hacer? ¿cómo remediar?... Lo que me queda no basta á cubrir ni la más pequeña parte de nuestras necesidades... ¡Dios mio! ¡Dios mio! La pobreza, la miseria... yo que habia ofrecido á Clara un porvenir tranquilo, risueño, libre de privaciones... ¡Oh! Culpará mi abandono, me recriminará, huirá tal vez de mi lado... No, imposible: soy tan miserable, que no vacilo en juzgarla por mí mismo! Un corazon desleal se complace en rechazar la nobleza de los demas, como si eso pudiera ser su disculpa! No, ella es buena, honrada, y no puede creerme capaz de haberla engañado... ni puede ni debe creerlo... ¡No debe creerlo!... Pronto he olvidado que no há mucho he cometido con ella el perjurio mayor que puede cometerse. Pero, segun pude comprender, ella lo ignora, y lo ignorará siempre, porque hoy mismo resplandecerá la verdad, madre de la ventura! Por lo pronto, trataré de atenuar lo que quizá sea ya irreparable... ¡Triste condicion la del corazon humano! Atérranle más las desventuras materiales que las desdichas del alma: duélese de un

ligeró contratiempo, como si éste no le sirviera á atenuar otro quizá irreparable... No perdamos un instante: mañana tal vez sea ya tarde... ¿Dónde diablos he puesto la carta? (Revolviendo los papeles que habrá sobre el velador.) ¡Ah! Héla aquí: no... no es esta: esta letra es de Clara... ¡Calle! «Para Enrique.» No comprendo... ¿Qué tendrá que decirme que no puede fiarlo sino á la pluma? ¡Oh! ¡Qué vuelco me ha dado el corazón!... ¡Tontería! No hay como conducirse mal para estar siempre intranquilo. En realidad, ¿qué puede decirme?... (Abre la carta.) «Enrique: No habrá escapado á tu clara imaginación que es la dignidad el tesoro que más debe conservar la mujer que sabe estimarse en lo que debe. Pregunta á tu conciencia si ha procedido rectamente ahora y ántes de ahora; si ha cumplido una promesa que nadie tiene más derecho que yo á ver realizada; por último, si la felicidad que con tu nombre me ofrecías ha sido ilusoria, ya que no me atrevo á darle otro nombre. Fernando, digno hermano tuyo, ya que no de sangre, de corazón, con una sola frase me lo ha dicho todo. No me hagas la injuria de creer que puedo seguir á tu lado. Ya que me has hecho imprudente, no me hagas infame! Adios, y hasta nunca.—Clara.» ¡Oh! La Providencia en todo su poder... el castigo tras la culpa... Soy un miser... no, un ladrón, más aún! Robar los bienes del alma, no es robar; es cometer el más inicuo de los crímenes... no es asesinar; es... hacer dudar de Dios! Pero no, no es posible, ella no lo sabe, no puede saberlo... Hace un momento, al implorar su perdón, le oí extrañar mi súplica... ¡Oh, qué rayo de luz! Sí... Fernando debía saberlo; sus frases de esta mañana debieron hacérmelo comprender, y ese miserable no ha vacilado en decirla... y ella... ella... ¡me abandona porque estoy arruinado!! ¡Oh! Necesito que todo el mundo lo sepa, sí, que nadie ignore la perfidia que puede encerrar el corazón de una mujer!... ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Clara!

ESCENA VII.

DICHO.—CLARA.—FERNANDO.

FERNANDO: ¿Qué es eso, Enrique? ¿Qué te sucede?

CLARA: (¡Mi carta!... ¡Oh!)

ENRIQUE: ¿La ves?... ¿Pero no la ves como la acosa el remordimiento? ¡Dios es justo!

FERNANDO: Explicate.

ENRIQUE: Esa mujer, á quien he sacrificado libertad, nombre, fortuna; todo, en fin...

FERNANDO: ¿Y bien?

CLARA: (¡Dadme valor, Dios mio!)

ENRIQUE: Me abandona.

FERNANDO: ¿Cómo?

CLARA: (Firmeza.) ¡Sí... le abandono!

FERNANDO: Pero...

ENRIQUE: ¡Me abandona... porque estoy arruinado!

CLARA: (Explosión de sentimiento.) ¿Arruinado? ¡Oh!!

FERNANDO: ¡Já! ¡já! ¡já! Eso te extraña... yo creí que era otra cosa... ¡Inocente!

CLARA: ¡Arruinado! ¡Enrique de mi alma... perdóname!

FERNANDO: Sigue con razón el ejemplo de todas. Sin embargo, yo la protejo, y ¡qué diablos! me gusta más que lady Prestly... ¡Seré tu sucesor!

ENRIQUE: ¡Miserable!

CLARA: ¡Jesus mil veces! (Cae desmayada.)

(Enrique, al escuchar las últimas palabras de Fernando, que son un insulto á su honra, deja de ser el amigo para salvar su decoro de marido, y en un arranque de indignación dirige á Fernando el apóstrofe con que termina el acto. Clara, arrodillada, extiende sus brazos hácia su esposo, que la rechaza. Fernando, al ver caer desplomada á Clara, intenta socorrerla. Enrique lo impide, y le indica que le siga.)

TELON RÁPIDO.

(Concluirá.)

J. DE FUENTES.—A. ALCON.

LA TIERRA PROMETIDA.

RECUERDOS DE UN PROVINCIANO.

(Continuación.)

III.

EL ÁNGEL DE LOS ENSUEÑOS.

En una de esas hermosas tardes de Febrero en que los rayos del sol atraen con voluptuosas caricias á los habitantes de la corte, Pablo Montenegro cruzaba por delante de los lindos *squares* que han trasformado en un vergel los arenales del paseo de Recoletos.

Era en aquel tiempo este sitio, como hoy el Parque llamado de Madrid abierto en el Buen Retiro, el punto donde diariamente se ponian en contacto todas las notabilidades de nuestra corte, sin obligación por ello de desencastillarse de sus rivalidades ni de su indiferencia para con los advenedizos que con ellos se codean.

Aquella formidable hilera de carruajes cruzando en pausada formación, en cuyo fondo se reclinan indolentes, brillando como la perla dentro de su concha, mujeres maravillosamente hermosas; los gallardos jinetes que caracolean en torno suyo, y toda la profusión de lujo y la vertiginosa animación que allí reinaba, eran propios para asombrar á cualquiera que conozca la escasa riqueza de nuestro país, y el valor que representa este torbellino de ostentación vano y efectivo á la vez. Tal remedo del *Bois de Boulogne* ó del *Prater* de Viena, es un reto imprudente á nuestras poblaciones rurales, que miran der-

retir en tan improductivo torneo de placeres, el oro que podría mejorar su situación, liquidado en máquinas agrícolas y canales de riego.

No pensaba por entonces así seguramente nuestro bello provinciano.

Víctima de sus pasiones, los pensamientos que sonreían en su mente limitábanse á envidiar á los venturosos jóvenes que reclinaban su cabeza sin zozobra al lado de aquellas mujeres cuya majestad le aturdió y cuya conquista le parecía un triunfo más difícil que la reputación de escritor que á la par acariciaba.

Su amistad con el joven periodista había sido fecunda en buenos resultados.

Un almuerzo en *El Armíño*, restaurant en el que *Farruggia* daba por aquel tiempo á conocer lo más selecto de la ciencia preconizada por *Brillat-Savarin* y otros famosos apóstoles de la gastronomía, bastó para que aquellos dos jóvenes se bautizaran por amigos íntimos.

Desde aquel día, Pablo tuvo un compañero desinteresado, que al par que entre los de los coliseos, le introducía por entre los bastidores del teatro del mundo.

En esta situación, disfrutando de una existencia fácil y agradable, vió correr los primeros meses de su estancia en Madrid, en las superficialidades de una vida así repartida.

Otro que nuestro provinciano, hubiera comprendido en este tiempo que debía acostumbrarse á ver resultados en todo aquello en que hasta entonces sólo había visto ilusiones y placeres.

Pero era demasiado joven para tanto; aún cuando volteaban en su pensamiento algunas ideas reflexivas, necesitaba ante todo, empezar á ver con indiferencia á las mujeres, y esto le era humanamente imposible.

Su exaltación en este punto era muy difícil de corregir, puesto que sus esperanzas eran consagrar la existencia á esos bellos amores con que sueña el alma de un poeta; amores que parece que no tienen más anhelo que el de ser engañados.

Las galantes aventuras de estos seis meses no le habían satisfecho por lo fáciles. Su imaginación apércibió lo que había de desconsolador en aquellos placeres, así como lo sublime de una pasión tal como la soñaba.

Amores puros había encontrado en la provincia, pero ¡ay! aquella virgen alma no supó desplegar ante sus ojos las mil bellezas que el joven anhelaba encontrar, y por eso aquel tesoro fué perdido para él.

Pablo, como todos los que están contagiados por las vanidades mundanas, amaba, por otra parte al amor, si así podemos decirlo, más por su ostentación que por sus emanaciones misteriosas

No era el sentimiento sencillo de una mujer lo que le seducía; eran las maravillas del lujo que pueden acompañarle.

Creyendo al amor mismo un lujo tal vez, Pablo necesitaba que el suyo revoloteara en esa atmósfera en que brilla todo lo que el amor tiene más de ficticio. Para él, los bellos amores vivían entre la seda y las cabelleras perfumadas; en los tapices de un gabinete impregnado de aromas, donde se le apareciera entre voluptuosas gasas, como un ángel entre nubes, la heldad aristocrática de sonrisa ideal que promete venturas celestiales.

Alguna vez comprendía lo ridículo de amar á la mujer más por lo que robaba al arte y á la industria, que por lo que debía á la naturaleza; pero en vano quería destruir sus primitivos sentimientos.

Muchas noches, paseando su mirada por la rotunda de un teatro, se había sentido impresionado al fijarse en esas seductoras criaturas que recostadas en el asiento de un palco, reparten sus sonrisas y miradas entre la techumbre de la sala y los elegantes que mariposean por entre las butacas.

Pablo entonces había hecho lo que todos los jóvenes hacen en su caso: ponerse á coquetear con la que parecía corresponder á las insinuaciones de sus gemelos, y esperar luego á la puerta del teatro una intensa mirada que sancionara su conducta.

Hay en el fondo de todos estos juegos inocentes, á que con tanto gusto se entrega la juventud de nuestra época, un peligro que sólo los experimentados conocen, y que suele causar la desesperación de los corazones sensibles. Pablo, que era de estos últimos, sufría horriblemente cuando, después de creerse asegurada una conquista por la expresión de unos lindos ojos que durante el espectáculo habían establecido un hilo magnético con los suyos, observaba á la salida del teatro un mohín de indiferencia en aquel ángel, que entraba en su coche sin dignarse ni aún asomar su cabecita rubia ó morena por vía de despedida cariñosa.

Estas decepciones y otras parecidas, á que tienen acostumbrados á los jóvenes las traviesas y espirituales hijas del siglo, causaban viva inquietud en el buen provinciano, que no llegaba á gustar la dicha con que soñaba.

La tarde á que nos vamos refiriendo al comenzar este capítulo, Pablo, preocupado con estas ideas, llegaba á la plazoleta de la fuente del Cisne, á tiempo que una charolada berlina se detenía en el mismo sitio.

Un estirado lacayo, arrojándose del pescante, se apresuró á abrir la portezuela, y Montenegro vió asomarse una artística botita, de esas que sólo están bien colocadas en el pie de una mujer elegante.

La poesía pedestre femenina habrá podido sufrir

algun golpe con la proscripción del zapatito cuyas cintas, enroscadas por la garganta del pié, tanto seducían á nuestros antepasados; mas puede asegurarse que entre nuestros contemporáneos, un lindo pié calzado con botitas francesas produce tambien su efecto.

Montenegro era indudablemente de nuestra opinion, á juzgar por el movimiento involuntario de su cabeza á la aparicion de aquel pié y sus inmediaciones en el estribo del carruaje.

Digna figura de pedestal tan artistico, era la dama que se apareció entónces al provinciano.

Ahuecando su traje con la coquetería de una linda gatita que sale á atusarse al sol, pone sus piés en el suelo este prodigio femenino, cubierto de seda y de bordados.

Su presencia es arrogante; sus facciones, de una regularidad irreprochable, casi aparecen duras por lo fuertemente que están acentuadas; sus ojos, negros y provocadores, colocados debajo de una frente bien cortada, despiden rayos capaces de trastornar el cerebro mejor organizado; de una blancura brillante, sus formas presentan toda la sólida plenitud y redondez que constituyen la verdadera hermosura de una mujer. Su bien torneada garganta, su espesa y negra cabellera, su graciosa sonrisa, sus movimientos nobles y llenos de dignidad, y su talle, aún esbelto, todo está en armonía como partes de un conjunto que bien puede decirse perfecto.

Esta es la mujer aparecida en aquel instante á Montenegro.

Éste, que la habia seguido con la mirada, la vió con placer inexplicable internarse seguida del lacayo, entre las calles de árboles que sombrean la alameda.

Y entónces, inútil es decir que lo que habia hecho con los ojos se puso á hacerlo materialmente. La desconocida lo observó, y le arrojó una de esas miradas que parecen prometer un porvenir venturoso.

Poco le faltó entónces á nuestro héroe para prosternarse.

Mas conteniendo sus ímpetus, siguió los pasos de la dama, atraído como el metal por la aguja imantada.

Pablo llegó hasta figurarse que habia encontrado la amante predestinada á hacer su felicidad en la tierra; y sabe Dios hasta dónde le hubiera llevado aquella especie de borrachera en ayunas, si una mano que se apoyó en su hombro, no hubiera oportunamente hundido de un golpe su delirio.

Pablo se volvió como movido por un resorte, y se encontró frente á frente de su amigo el gaceticero, y del autor dramático á cuyo triunfo asistió meses atrás.

A la vista de sus conocidos, nuestro enamorado abrió los ojos como el que vuelve á la vida real despues de un letargo producido por el ópio.

El efecto fué tan cómico, que no pudieron ménos de exhalar una alegre carcajada los dos escritores.

—¿Buscaba usted un consonante?—dijo el poeta, que conocia la ambicion de Pablo.

—Y me he encontrado con una poesia,—respondió éste, tendiendo la mano y pagando con esta galantería el epigrama que se le habia lanzado.

—¡Bravo, Pablillo!—vociferó el gaceticero!—Eso se llama tener ingenio; mas te advierto que la baronesa no toma varas, ni aún de seda, como las desinteresadas amantes que os arruinan á los ricos.

Era evidente que los dos jóvenes habian seguido á Pablo y adivinado sus intenciones.

Este lo comprendió así, y cogiendo del brazo al que le habia denunciado, le dijo con acento que no disimulaba su emocion:

—¿Tú conoces á esa mujer?

—¿Conocerla?—le contestó.—La deletreo como á todas, pero nada más; tratándose de ellas, no se pasa nunca de los rudimentos. Ahí tienes á esa que se parece al patriotismo; todos hablan de ella, y ninguno la posee, al ménos que sepamos.

—¿Pero quién es?—interrumpió Pablo impacientado.

—Eso es otra cosa; si preguntas por el nombre con que la conocemos, te diré que en su etiqueta social lleva impreso el de baronesa del Lirio; que es viuda, rica, y, segun dicen, inabordable, á pesar de sus 30 años. Y si esto te parece poco, pregunta á nuestro bello poeta, que es de los que forman fila en su espiritual círculo,—añadió el humorado periodista, señalando al que le acompañaba.

—¿Usted la trata?—exclamó Pablo interpelándole.

—Lo bastante para dar á usted cuantas noticias desee, y aún para presentarle en su casa,—contestó éste.

Habian llegado al extremo del paseo, y la aristocrática dama objeto de su diálogo, se detenia para esperar su carruaje, que habia seguido por una de las vías exteriores.

Nuestros jóvenes, detenidos á su vez, la vieron entrar en él, saludar con una graciosa inclinacion de cabeza, y pasar junto á ellos al galope de los caballos, rápida como una exhalacion.

Montenegro, volviéndose entónces al poeta, exclamó con la decision del que ha tomado su partido:

—Acepto con toda mi alma el ofrecimiento de usted, y le quedo altamente obligado.

—Cumpliré mi palabra,—contestó éste.

—Ea, pues, para celebrar dignamente la aventura de esta tarde, vámonos á comer al café Europeo.

—Aceptado,—dijo Pablo con rapidez.

—Y yo prometo que te haré beber hasta que ahogues esa pasión que se nos ha entrado por las puertas...

—Del carruaje,—objetó el poeta.

—¡Oh, no! Yo necesito amar á esa mujer,—exclamó Pablo con vehemencia.

—Bueno; todos tenemos nuestras necesidades,—gritó el periodista, parodiando al autor de una zarzuela bufa.—Ya hablaremos luégo del asunto.

Y los tres jóvenes se dirigieron resueltamente á poner por obra su propósito.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

(Continuará)

MISCELÁNEA.

Peces en el seno de la tierra.

Un pozo artesiano que hay en el condado de Ventura, Estado de California, escupe peces. Se presentaron ejemplares de ellos en una reunion de la Academia de San Francisco, y se supone que son del género trucha. El pozo se perforó en 1871, y desde entónces todos los años, por Abril y Mayo, arroja grandes cantidades recién aovados. El pozo tiene cubierta con tres orificios de dos pulgadas de abertura, por una de las cuales acostumbraba el pueblo llenar barriles de agua para el uso doméstico, y de esta manera se hizo el descubrimiento. Quitóse la cubierta del pozo y empezó el chorro de peces. De tal modo, que llenando un cubo de agua, la mitad del peso la constituyen aquellos. Son de varios tamaños, aunque no se sabe que se haya cogido ninguno mayor de una pulgada de largo. El río ó arroyo más cercano que cría peces se encuentra á 25 millas de distancia.

El espectroscopio en la mecánica.

Desde hace algun tiempo se empezó á emplear el *espectroscopio* en Sheffield, para fijar el momento preciso en la fabricacion del acero de Bessemer en que debe darse forma al metal derretido. Si se observa el espectro de la llama que sale del horno, puede generalmente fijarse el momento con exactitud, á no ser que se emplee hierro que contenga *manganesa*, en cuyo caso se hace muy difícil fijarlo. Ahora se ha descubierto que se alcanza el mismo fin con una combinacion de vidrios de colores, dos de ellos azul-ultramar, y uno amarillo subido. El instrumento formado con estos se llama *chromo-pirómetro*; y se dice que mirando por él á la llama del horno, mientras la impele el aire, són tan de-

terminados los indicios que da el color, que se puede con confianza poner el instrumento áun en manos de un obrero comun. Cuando se observa la operacion, se ve que la llama cambia de color hasta llegar á un carmesí muy subido, en cuyo instante debe cortarse el aire que impele la llama. En los Estados Unidos se han hecho experimentos con un instrumento compuesto de dos vidrios, uno de color amarillo-claro y otro azul, y tambien se han hecho observaciones con el *espectroscopio*. A muchos parecerá que esto es una falsa aplicacion de las investigaciones; pero no es, en realidad, sino abrir un campo á las indagaciones científicas, que puede dar importantes resultados. El espectro de la llama de Bessemer encierra misterios que sólo pueden resolverse con una inspeccion atenta y una observacion perseverante. Tal vez se requieran instrumentos más delicados que los que hasta ahora se han construido; pero no dudamos que se harán descubrimientos con que se aclararán algunas de las cuestiones más interesantes con respecto al análisis del espectro.

Preventivo contra el humo.

Para impedir la sofocacion por el humo, basta echarse por la cabeza una funda de almohada empapada en agua, á la cual se le ha abierto un agujero á la altura de los ojos para ver el camino. La experiencia enseña que este es el mejor respirador provisional de que puede echarse mano en caso de apuro. El vicealmirante inglés Jernigham dice, que cuando mandaba en Plymouth el buque de escuela Cambridge, hizo el primer experimento con el respirador de una funda de almohada. Hizo estallar unas 12 libras de pólvora suelta en un rincon del puente del buque, rodeado de una especie de biombo, siendo tan denso el humo, que áun los que se hallaban fuera tuvieron que echarse boca abajo en el puente. Se le encasquetó á un marinero en la cabeza una funda de almohada ordinaria, con un agujero para los ojos, el cual, con la manguera en la mano, entró en el cuarto, donde permaneció diez minutos, y para asegurar á sus amigos de que vivia y estaba á salvo, no cesó de cantar una cancion chistosa.

El árbol de la lluvia.

El cónsul de los Estados-Únidos de Colombia en el Departamento de (Loreto) Perú, le escribe al Presidente Prado, desde Yurimaguas, para informarle, que en los bosques vecinos á la ciudad de Moyobamba, existe un árbol llamado por los naturales *Tamia-caspi*, que vale tanto como decir árbol de la lluvia, el cual posee algunas cualidades nota-

bles. Cuando llega á su madurez se eleva hasta 15 metros, y su base es de uno de diámetro, y tiene la propiedad de absorber gran suma de la humedad de la atmósfera, la cual se concentra y despues se vierte en lluvia por las hojas y las ramas, con tanta copia, en la mayor parte de los casos, que la tierra en torno se convierte en un pantano. Posee está extraña propiedad mayormente en verano, precisamente cuando los rios están más bajos y más escasa el agua. De éstas circunstancias se vale el cónsul dicho para aconsejar al gobierno del Perú se planten esos árboles en sus regiones más secas y áridas, en bien de los agricultores.

Lodo argentífero.

Hay un lugar en Oregon que tiene gran número de manantiales que, en vez de agua, arrojan lodo y ha cubierto una considerable porcion de terreno. En el otoño pasado un minero informó que el lodo tenía plata, y, en efecto, las muestras enviadas á San Francisco, en cantidad de una tonelada, produjeron en el ensayo por valor de 2.000 pesos. Formóse una compañía para explotar el lodo argentífero, pero estaba fresco el engaño de los diamantes de Arizona en la memoria de todos y se creyó generalmente que el lodo había sido exparcido á propósito. Despues el profesor T. Price analizó la plata y opinó que la habían depositado artificialmente, lo que acabó de matar la empresa. Ahora el profesor H. G. Hanks, en un papel leído en la Sociedad Geológica de California, sostiene que el lodo que emana de los manantiales de Oregon está impregnado de plata. Dice: «He ensayado más de 100 muestras que contenian plata, algunas tantas como para ceder 2.300 pesos, recogidas por mí mismo en los manantiales. Creo que la temperatura tiene mucho qué ver con el lodo argentífero. A veces, en unas de las fuentes, cuando hace frio, el lodo es de color amarilloso, al paso que cuando hace calor es azul negruzco; al ménos en algunos lugares, y rico en plata. No pocos contienen mucho ácido, disolviéndose los huesos de animales que caen en ellos en muy pocos meses.» Este informe ha despertado el interes de los especuladores en minas.

Vinatería romana.

Entre los nuevos descubrimientos en Pompeya, se encuentra un despacho de vinos, adornado toscamente con imitacion de mármol al fresco. En el podium del cuarto del frente hay una faja de estuco con cuatro grupos pintados en fondo blanco. El primero representa un jóven besando á una moza vestida de amarillo, con zapatos negros, la cual, segun el letrero que se ve al pié, dice:—«No quiero

que me beses. Ve á tu Mirtalis.»—El segundo representa á la jóven hablando con otra, quien probablemente es la Mirtalis de que se trata, porque bajo esta figura se lee:—«El no es nada mio.»—Ambas señalan para una muchacha que se acerca con una ánfora de vino y un vaso. En el tercer grupo hay dos jugadores, con un tablero de damas en sus rodillas, en el acto de jugar á los dados. El cuarto grupo los representa riñendo, y el vinatero los empuja fuera, diciendo:—«Id á reñir á la calle.»

Monumento de Pisistrato.

En el departamento de Estado de Washington se ha recibido una carta, fechada en Atenas á fines de Mayo último, en que el general J. M. Reed, encargado de negocios en esa capital, da parte á su gobierno del descubrimiento hecho por M. S. Comanderlis, erudito secretario de la Sociedad Arqueológica de Atenas, del monumento que segun Tucídides había erigido Pisistrato, hijo de Hipias y nieto del tirano de aquel nombre. La piedra, que yacía olvidada á la márgen derecha del Iliso, al Sudoeste del templo de Júpiter Olímpico, lleva una inscripcion que reza como sigue en castellano:—«Este monumento, á su ascension al poder, dedica en el templo de Apolo Pittio, Pisistrato, hijo de Hipias.»—El descubrimiento de esta piedra singular, fija el sitio del templo mencionado, que hasta aquí no se conocía. El monumento lo ha adquirido la Sociedad Arqueológica, é inmediatamente será trasladado al museo griego de Varvakion.

Estatua de Hermes.

Los últimos días de las excavaciones por los alemanes en Olimpia, en la estacion pasada, se señalaron con el descubrimiento de una estatua que corresponde á la descripcion dada por Pausanias de una obra de Praxiteles. Es de mármol, representando á Hermes con el niño Dionisos. La figura es más alta que el natural, pero le faltan las piernas de las rodillas para abajo, el brazo derecho y parte del niño.

**

Fósiles raros.

Tortugas marinas y cocos se han encontrado en tumbos de tierra en Colorado meridional. Dichos tumbos forman una vasta cordillera á quince millas del pié de los montes Pedregosos. Uno de ellos mide cuatro millas de circunferencia en la base, y crecen árboles lozanos en su cúspide, encontrándose debajo de la superficie madera petrificada y convertida en ágata. Créese que los tumbos estos fueron islas siglos ha.